

*Demos gracias
a
Dios*



P. Fáber

DEMOS GRACIAS A DIOS LA ACCIÓN DE GRACIAS

por el P. Faber

**EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla**

INDICE

Sección 1. Olvido de la acción de gracias	6
Sección 2. El espíritu de los Santos es un espíritu de acción de gracias	31
Sección 3. Varios objetos de acción de gracias ..	40
Sección 4. Acción de gracias por el don inestimable de la fe	67
Sección 5. Acción de gracias, después de la Misa y Comunión	81
Sección 6. Reflexiones prácticas sobre el mismo	96

INTRODUCCIÓN

El P. Federico Guillermo Fáber (1814-1863), dice el P. Antonio Royo Marín que, «es considerado como el príncipe de los autores espirituales ingleses. Se inspira en las escuelas italiana y francesa, aunque con muchas aportaciones personales. Sus obras han sido de las más leídas y apreciadas en todos los idiomas a que se han traducido. Fundado en el dogma que conoce bien, y en su larga experiencia de director de almas, trata de llevar a sus lectores al conocimiento íntimo de los misterios de Cristo para hacérselos vivir intensamente...» Su obra principal y más leída se titula: *Todo por Jesús*, pero por ser demasiado extensa, hemos entresacado de ella los capítulos principales y con ellos hemos hecho dos libros: este titulado «*Demos Gracias a Dios*», y otro que se titula «*Los Intereses de Jesús*».

Acción de gracias

Olvido de la acción de, gracias. –Espíritu de la Eucaristía. –Faltas de las personas piadosas. –Los tibios, ordinariamente pagados de sí mismos. –Paternal providencia de Dios. –El espíritu de acción de gracias, característico de los Santos. –Devoción al Verbo eterno. –Prácticas. –Tradición judía de Filón. –Varios objetos de acción de gracias. –1.º Beneficios comunes. –2.º Beneficios personales. –3.º Aflicciones. –4.º Beneficios insignificantes. –5.º Beneficios varios. –6.º Criaturas irracionales. –7.º Beneficios de nuestros enemigos. Apostolado, de la Oración. –8.º Angeles y Santos. –9.º Sobrenaturalismo de la Iglesia y don de la fe. –Santa Juana Francisca de Chantal. –10. La Santa Misa. –Materiales para la acción de gracias después de la Misa y Comunión. –Nuestra correspondencia hasta el presente a los beneficios divinos. –Frutos espirituales de la acción de gracias. –Aplicación de la acción de gracias a los tres instintos de los Santos.

SECCIÓN I

Olvido de la acción de gracias.

Todo cuanto llevamos dicho en las páginas anteriores se reduce evidentemente a esto; es a saber: que como el Evangelio no sea más que una ley de puro amor, no debemos contentarnos simplemente con salvar nuestra alma; o mejor dicho, que arriesgamos nuestra propia salvación si no tratamos de hacer algo, bien con obras, o ya con oraciones, a favor del alma de nuestros hermanos.

Además, siendo el Evangelio una ley de amor, preciso es que nuestra religión sea asimismo en lo posible un servicio de amor; y, en su consecuencia, que corremos un grave peligro de condenarnos si miramos la vida presente sólo como una oportunidad de alcanzar el Cielo por los medios más fáciles posibles y con la mera observancia de los preceptos rigurosamente necesarios, poniendo a un lado, cual asuntos que no nos conciernen: la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvación de las almas.

Parécmeme que no he sido demasiado exigente con vosotros; yo no os he propuesto, bien

lo sabéis, austeridad alguna corporal, ni un extraño alejamiento del mundo en que vivís; tampoco os he ordenado que aspiréis a la cumbre de la contemplación, al amor del sufrimiento, o a que vayáis en pos de algún penoso recogimiento interior a una singular y difícil presencia sensible de Dios nuestro Señor.

Me he contentado con poner delante de vuestros ojos aquellas prácticas y consejos de los Santos con cuyo auxilio podéis dulcemente ocuparos un poco más de Dios con alguna mayor facilidad y no menor amor. Ni siquiera he llegado a deciros: *Haced esto a lo menos; es necesario que no omitáis aquello;* -todo lo he dejado a vuestra elección y a vuestro amor.

Mi único objeto no es otro que persuadir a alguno de mis hermanos; uno solo que fuese me daría entonces por muy satisfecho que ame un poquito más a Dios por ser quien es. El orden de mi plan me lleva naturalmente, y como por la mano, a ocuparme ahora en la acción de gracias.

Ya hemos visto cómo Nuestro Señor dulcísimo; en su amor inefable, nos hace primariamente donación de todos sus tesoros, para que nuestra intercesión, unida al ofrecimiento de semejantes riquezas, sea más eficaz y pro-

vechosa; y en segundo lugar, cómo, además de tan incomparable fineza de su abrasada caridad, nos permite que engrandezcamos nuestras más triviales acciones, uniéndolas a sus divinos merecimientos y santas intenciones.

Pero aquellos ricos tesoros, no menos que el privilegio inestimable del engrandecimiento de nuestras más pequeñas acciones, no son aplicables únicamente a la oración de intercesión, sino que sirven también para la acción de gracias, y las alabanzas y deseos; en el presente capítulo me ocuparé en la acción de gracias, y las alabanzas y deseos serán objeto exclusivo del inmediato.

No hay cosa que se halle más en abierta oposición con la religión práctica de la mayor parte de los hombres que el deber de la acción de gracias; así es que no es fácil llegar a encarecer debidamente el extraño olvido del agradecimiento.

Poco es, en efecto, y bien escaso el tiempo que hoy se consagra a la práctica de la oración; pero todavía es menor el que se dedica a la acción de gracias; por cada millón de Padrenuestros y Avemárias que elevan los hombres de la tierra al Cielo, ya para preservarse de algún mal, o bien para conse-

uir cualquier beneficio, ¿cuántos creéis que dirigen al trono del Altísimo en acción dé gracias por los males evitados o beneficios recibidos?

Y no es difícil hallar la razón de conducta tan extraña. En efecto: nuestro propio interés nos lleva, naturalmente, a la oración, y sólo el amor nos conduce a la acción de gracias; quien solamente desea librarse de las penas del infierno sabe a ciencia cierta que tiene que rogar; pero semejante sujeto vese privado de un estímulo parecido que le impulsa fuertemente a la práctica de la acción de gracias.

Y no se vaya a creer que esto es de ahora: nunca oración salió más de corazón que aquella fervorosa súplica y exclamación piadosa de los diez leprosos del Evangelio luego que vinieron a Jesús entrando en una aldea: el deseo mismo de ser oídos les hizo atentos y corteses; pararonse de lejos por miedo de disgustarle si se le acercaban con enfermedad tan asquerosa como la suya; proceder que nos descubre muy a las claras que no conocían a nuestro Señor amoroso, ni sabían asimismo que había llegado su humillación hasta el punto de ser contado por un leproso entre los hijos de los hombres.

Alzaron su voz, diciendo: *¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros!* Luego que se obró el milagro, nueve, llenos de un gozo egoísta, continuaron su camino para mostrarse al sacerdote; pero uno, *¡uno solamente!*, ¡y éste un infeliz y proscrito samaritano!, apenas vió que había quedado limpio, volvióse glorificando a Dios a grandes voces y se postró en tierra a los pies de Jesús, dándole gracias por la merced que le había otorgado!

Hasta el Sagrado Corazón de Jesús quedó entonces como atónito y asombrado, y le dijo: *¿Por ventura no fueron diez los limpios? ¿Dónde, pues, están los nueves? ¡Ay, no hubo quien volviese a dar las gracias a Dios sino este extranjero!* ¡Cuántas veces no hemos nosotros causado la misma desagradable sorpresa al Sacratísimo Corazón de Jesús!

Cuando el olvidó de un deber llega hasta el punto de espantarnos, cuál nos sucede indudablemente con el olvido de la acción de gracias, natural es que se deseé saber cuánta es la obligación que pesa sobre nosotros acerca del asunto; y para ello, ningún medio existe más a propósito que la autoridad de las Escrituras.

Dice San Pablo, escribiendo a los de Efeso, que debemos ocuparnos en *dar siempre* gra-

cias por todas las cosas al Padre y Dios, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo (1); que abundemos en toda sencillez, la cual hace que demos gracias a Dios (2).

Amonesta igualmente a los Filipenses *a no ser solicitos de cosa alguna, sino con toda oración y ruegos, con hacimiento de gracias, sean manifiestas sus peticiones delante de Dios (3)*; y a los de Colosa les escribe el mismo Apóstol, *que así como recibieron al Señor Jesucristo, procuren andar en Él, arraigados y sobreedificados en su Persona, confirmados en la fe, según la aprendieron, creciendo y abundando en El mismo con acción de gracias (4)*; y añade en otro pasaje de la carta, *que perseveren en oración, velando en ella con hacimiento de gracias (5)*.

Dícese, prosigue San Pablo, hablando a Timoteo, *que Dios nuestro, Señor crió las viandas para que fuesen recibidas con acciones de gracias por los fieles y aquellos que conocieron la verdad; porque es buena toda criatura de Dios, y no es de desechar nada de cuanto se recibe con acción de gracias (6)*.

(1) Cap. 5, v. 20.

(4) Cap. 2, v. 7.

(2) 2 Cor., cap. 9, v. 11.

(5) Cap. 4, v. 2.

(3) Cap. 5, v. 6.

(6) I Tim. cap. 4, v. 3.

El desagradecimiento, concluye el Apóstol, era lo que caracterizaba a los gentiles, pues conociendo a Dios no le glorificaron como a tal, ni le dieron gracias (7).

¿Qué es nuestra vida en la tierra más que una preparación para la vida real del Cielo? ¿Y en cuál otra ocupación emplearemos allá nuestra vida sino en alabanzas y acciones de gracias.? ¿Qué lenguaje es el de los Ángeles, ancianos y criaturas vivientes del Apocalipsis más que bendición, y gloria, y sabiduría, y acción de gracias, honra, y virtud; y fortaleza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén?

Cierto es que estamos incesantemente invocando a la Santísima Virgen, a los Ángeles y Santos de la Corte celestial; que sabemos y tenemos seguridad que se ocupan allí sin descanso en rogar por nosotros; pero con todo, ¿me faltan a mí acaso razones para sostener que al representarnos el Cielo en nuestra mente, las más de las veces nos le imaginamos como mansión de alabanzas y acciones de gracias, y no como lugar de oración?

Más aún: algunos siervos de Dios, teniendo la muerte ante los ojos, luego que la vida

(7) Rom., cap. I, v. 21.

del Cielo comienza sobre ellos a proyectar rayos de vivísima luz, como si ya estuviesen oyendo los cantares angélicos y gozando, embelosados, de su dulce melodía, gastan en acciones de gracias aquellas horas espantosas que, más que todas las de la vida, exigen humildes peticiones, oraciones de compunción y de lágrimas.

Así es que, cuando San Pablo de la Cruz cayó gravemente enfermo, pasaba los días ocupado en alabanzas y acciones de gracias, repitiendo a menudo, con singular devoción, aquellas palabras del Gloria: *Os damos gracias por vuestra grande gloria*; palabras que habían sido siempre su jaculatoria favorita, y exhortaba con frecuencia a sus religiosos a usarla todas las veces que tuviesen entre manos algún negocio particular, diciendo con encendido fervor de su corazón: *A la mayor gloria de Dios*.

Otras veces, postrándose el siervo de Dios en espíritu del trono de la Beatísima Trinidad, exclamaba inflamado en la llama del divino amor: *;Santo, santo!*, o *;Bendición y claridad!*, etc., alabanza que solía llamar la canción del paraíso.

Ahora bien: la Iglesia militante es un reflejo de la Iglesia triunfante; el culto de la una

es el eco e irradiación del culto de la otra; y como la vida del Cielo es una vida de alabanzas y acción de gracias, así en su medida debe ser la medida de la tierra.

EL centro de todas nuestras adoraciones es la Eucaristía, esto es, según expresa la palabra, el sacrificio de acción de gracias; todo toma su tono de la Eucaristía; todo en la Iglesia de Dios recibe su irradiación del Santísimo Sacramento, y el espíritu de la Eucaristía debe hallarse por doquier.

Así es que hasta los judíos creían, según testimonio de Wetstein, apoyado en el Talmud, que llegaría un día en que cesare toda oración, excepto la oración de acción de gracias. Pero volvamos a nuestro asunto, el cual no es otro más que la acción de gracias considerada como parte de nuestro servicio de amor.

Supongamos, pues, que la verdadera idea del culto fuese aquella que envuelve la práctica común de la mayor parte de los hombres, es decir, una simple oración al Omnipotente. ¿Qué relaciones serían entonces las nuestras para con nuestro Dios y Señor? Él es nuestro Rey, nuestro Superior, el Guardián de nuestros tesoros y la riqueza misma por esencia; acudimos ante su divino acatamiento para pe-

dirle algún favor, y es para nosotros lo que un rico para un mendigo; el propio interés, he aquí cuál sería entonces el objeto principal de todas nuestras adoraciones. O bien tememos su divina justicia, y deseamos vernos libres del castigo que merecemos y que se nos perdonen nuestras culpas; es compasivo, y oirá nuestras plegarias como seamos importunos.

Si, pues, todo nuestro culto consistiese solamente en la oración, claro está que no podríamos en tal caso elevarnos a otras consideraciones más levantadas. Pero no se vaya por eso a creer que ya excluya, la oración del culto católico; no desconozco que es uno de sus constitutivos esenciales, y, en su consecuencia, enteramente necesaria para nuestro adelantamiento en la vida espiritual, porque la oración nos enseña a depender de Dios, y la oración despachada, a poner en Él toda nuestra confianza.

Mas no se contenta la infinita Bondad con esto solamente: quiere que pasemos más adelante todavía, pues que tenemos que vivir en compañía suya por toda la eternidad; y Dios ha de ser nuestro gozo perdurable, y la verdadera felicidad del hombre consiste en conocerle y amarle, y el amor divino es la dulce y

sempiterna alabanza que se rinde al Altísimo por los siglos de los siglos.

Así como el espíritu de oblación, esto es, la facultad de ofrecer al Señor presentes, nos pone en relaciones más afectuosas y familiares hacia su divina Persona, así igualmente sucede con el espíritu de acción de gracias. Mostrarlos agradecidos a un bienhechor únicamente con el fin de conseguir de él mayores beneficios, semejante agradecimiento no es un acto de acción de gracias, sino una forma halagüeña de oración, una petición disfrazada.

Menester es, pues, que demos rendidas acciones de gracias a Dios nuestro Señor porque le amamos, porque el amor que tiene la dignación de profesarnos hiere, y eleva, y embelleza, y domina, y arrebata nuestro ánimo, igualmente que nuestro corazón.

En efecto: tan cierto es que la acción de gracias es asunto de amor, que allí en el Cielo el agradecimiento al Dios omnipotente será nuestra eterna ocupación, luego que nos haya dado la corona de la Visión Beatífica, cuando nos haya otorgado todo lo que seamos capaces de contener y no pueda ya quedarnos cosa alguna por recibir.

La acción de gracias es, pues, la verdadera esencia del culto católico; y así como la práctica de tan piadoso ejercicio acrecienta nuestro amor, así su olvido nos descubre claramente el poco amor que atesora nuestro corazón.

Si tenemos fundado motivo para apiadarnos de Dios, permítasenos este lenguaje atrevido de San Alfonso de Ligorio, por los ultrajes conque los hombres ofenden a su Majestad soberana, con más sobrada razón deberemos compadecerle viendo la ruindad y miseria de las acciones de gracias que se atreven a ofrecerle en agradecimiento a sus singulares mercedes y dádivas graciosas.

Aun entre nosotros no hay cosa tan odiosa como la ingratitud; y la ingratitud es, sin embargo, el alimento diario que osamos ofrecer al mismo Dios omnipotente. No existen palabras que puedan encarecer las infinitas larguezas con que el Señor se ha servido colmar a sus criaturas; son inagotables los riquísimos mineros de incomparable misericordia que encierran los títulos que tanto le enaltecen, a saber: de Creador, Rey, Redentor, Padre y Pastor; gusta sobremanera que sus hijos, los hombres, se muestren agradecidos a las singulares mercedes que tiene la dignación de otorgarles porque todo

cuanto exige de nosotros es amor, y semejante deseo de parte suya es en sí mismo un acto de infinita caridad hacia sus criaturas; fue, últimamente, voluntad de Dios hacer depender su gloria divina de nuestro agradecimiento; ¡y llegará a tal punto nuestra perfidia que nos atrevamos a negársela con la más negra ingratitud!

Pero lo peor de todo es que semejante ultraje no se lo hacen aquellos que son enemigos suyos, y en cuya conversión puede su infinita misericordia ganar ricos tesoros de gloria entre los hijos de los hombres; le recibe de su propio pueblo predilecto, de aquellos que frecuentan los Sacramentos y hacen profesión de piedad; de aquellos, en fin, a quienes está Él diariamente enriqueciendo y colmando con singulares dones y especiales larguezas del Espíritu Santo.

No pocos de nosotros llegamos a horrorizarnos a la vista del pecado y sacrilegio; aflígenos y angustian nuestro corazón los días del Carnaval; los escándalos punzan vivamente nuestra alma, y la herejía causa en nuestro espíritu un verdadero sufrimiento, un escozor desagradable, bastante parecido al que produce el humo en los ojos.

Todo esto es muy bueno y soberanamente loable; pero con nuestro culpable olvido de la

acción de gracias continuamos rehusando a Dios la gloria que le es debida; a muy poca costa podríamos glorificar a nuestro Padre Celestial, y difícilmente llega, no obstante, a ocurrirnos semejante pensamiento, y ¿nos atrevemos todavía a sostener que le amamos real y verdaderamente?

Lo único que nosotros debemos hacer –¿cuántas veces habrá que repetir lo mismo?– es amar a Dios y promover su mayor gloria. ¡Líbrenos el Señor de que lleguemos a imaginar que tenemos alguna otra cosa más en que emplearnos! Corramos, pues, el mundo; demos vueltas por toda la redondez del globo buscando estas olvidadas perlas de la corona de gloria de nuestro Padre Celestial, y ofrezcámosselas en rendida adoración.

¿Cómo tenemos valor para desear ocuparnos en cualquier otro asunto menos en el importantísimo negocio de la gloria de Dios? Siervos tuyos ha habido que llegaron hasta desear no morir nunca, para que, viviendo siempre en la tierra, glorificasen a Dios con mayores sufrimientos.

Claro está que no es fácil abriguemos nosotros semejantes deseos: mas pueden aprovecharnos grandemente, porque nos descubren

el poco amor que profesamos a tan cariñoso Padre, y paréceme que semejante manifestación es ya una gran cosa.

Concíbese fácilmente que se engañen los hombres, llegando a persuadirse que aman a Dios cuánndo ni siquiera mantienen viva una sola centella de ese fuego celestial; o bien que abriguen deseos de amarle y no sepan cómo hacerlo; pero ¿es posible que uno conozca lo poco que ama a Dios, y la facilidad que tiene para amarle más cada día, y con todo no desee hacerlo así? Jesús murió para impedir semejante posibilidad; ¿y habrá muerto en vano?

Perdóñeseme si vuelvo a repetir que no encuentro cosa alguna reprobable en el olvido de la acción de gracias por parte de los pecadores que viven separados de la gracia de Dios y alejados de los Sacramentos; porque semejantes sujetos tienen que ocuparse en otros negocios, es a saber: en hacer penitencia, reconciliarse con su Dios y Señor y lavar de nuevo sus almas en la preciosa Sangre de Jesucristo.

El olvido de la acción de gracias es una ingratitud que Nuestro Señor dulcísimo ha de echar en cara solamente a aquellos hijos suyos a quienes ha perdonado sus culpas; a aquellos

que viven en su amistad y están gozando pacíficamente de todos sus privilegios y divinas mercedes; y he aquí una ingratitud que merece ser notada con especial cuidado, y sobre la cual es menester que fijemos toda nuestra atención.

Efectivamente: tengo para mí que las faltas de las personas piadosas –no hablo de aquellos ligeros deslices y flaquezas propios de la mísera condición humana, sino de las faltas de tibieza y frialdad– encierra una especial odiosidad que les es propia, y acaso sea ésta la razón por que emplea Dios en el Apocalipsis un lenguaje tan inusitado y lleno de viveza y energía contra la flojedad y tibieza.

Cuando los Ángeles preguntaron al Señor, después de la Ascensión gloriosa a los Cielos, qué heridas eran aquellas que llevaba en sus manos, ¡oh cuán significativa es la contestación que Nuestro Señor adorable tuvo la dignación de darles! *Son, les dijo, las heridas que he recibido en la casa de mis amigos.*

Parécmeme no estaría de más que se escribiese un tratado cuyo título fuese el siguiente: *Pecados de las personas piadosas*; porque son dichas culpas muy numerosas y variadas, y contienen una particular malicia y odiosidad,

siendo la ingratitud uno de sus principales caracteres; tenedlo bien presente, siquiera mientras nos ocupamos en la acción de gracias.

He aquí, pues, un asunto que sólo interesa a los buenos católicos, esto es, a los hombres y mujeres que oran, que frecuentan los Sacramentos y forman la porción escogida y devota de nuestras congregaciones; y cualquiera reconvención sobre el particular se dirige únicamente contra dichos sujetos.

Y no es, por cierto, pequeña consolación que pueda uno expresarse con semejante franqueza; porque las gentes tibias están por lo común tan pagadas de sí mismas, que, como digo, es un verdadero consuelo poder llamarlas aparte, hablándolas allí al oído de la manera siguiente:

«Al presente nada tenemos que ver con los pecadores; no podéis hacerles responsables de cosa alguna; vosotros sois los únicos culpables, y la reprobación, exclusivamente vuestra; trátase aquí de una obligación que si no la practicáis por amor de Dios, sois unos miserables y unos malvados; malvados, sí, bien lo sabéis que éste es el término propio, el epíteto conocido que se da a los ingratos; y con todas vuestras oracio-

nes y sacramentos no cumplís, sin embargo, ¡oídlo bien!, con el sagrado deber del agradecimiento a los beneficios divinos.

Dura es ciertamente, ya lo veo, la consecuencia que de aquí tenéis que inferir; mas ¿por qué no nos resolvemos, así yo como vosotros, a recitar un humilde *Confiteor*, rogando a Dios que nos otorgue un pequeño aumento de gracia, para de esta suerte proporcionar a tan cariñoso Padre el singular contentamiento de ver cuán diferente es nuestra conducta en lo venidero? No sin razón débenos repetir con frecuencia: De las faltas particulares de las personas piadosas, libranos, Señor.»

Existen Sacramentos, es verdad para borrar el pecado; mas para la tibieza no hay absolutamente ninguno. ¡Qué digo ninguno! Si es peor todavía! Pues ¿quién que haya tenido a su cargo la dirección de las almas no sabe cuánto endurece la Comunión frecuente a los corazones tibios? ¿Por ventura habéis vosotros conocido diez personas contagiadas de la tibieza que fuesen todas curadas de semejante enfermedad? Y las nueve, ¿a qué debieron su curación más que a la vergüenza que causaron en su ánimo las caídas en culpas mortales? ¡Juego es, ¡ay!, ciertamente bien desesperado,

el aguardar que las cárceles del infierno hagan las veces de las medicinas del Cielo, arriesgando en semejante experimento nada menos que la eternidad!

La Biblia es una revelación de amor, mas no la única; para cada uno de nosotros existe además una revelación particular y personal del divino amor, la cual consiste en la consideración de aquella providencia paternal con que Dios ha tenido la dignación de velar por nosotros durante todo el curso de nuestra vida mortal.

Porque ¿quién es capaz de contemplar la larga cadena de gracias de que se va componiendo su vida desde la hora en que recibió el bautismo hasta el presente, sin un sentimiento de sorpresa a la vista del infatigable esmero y cuidadosa solicitud que el amor de Dios ha desplegado hacia su persona?

La manera como se han dispuesto las cosas para su dicha y mayor felicidad; la desaparición de obstáculos, mientras a ellos se acercaba, y puntualmente cuando le parecían insuperables; las tentaciones trocadas en mercedes, y aquello mismo que a primera vista creía un castigo, enteramente cambiado en prueba muy regalada del divino amor; toda tribula-

ción ha sido para él un singular beneficio del Cielo; los conocimientos casuales tuvieron su significación e hicieron su oficio a las mil maravillas; cualquiera diría que el mismo amor, con toda su previsión, no hubiera podido tejer diferentemente la tela de su vida; aun cuando los hilos hubiesen sido puro amor, y nada más que amor, al pronto ni siquiera tenía conciencia de semejantes portentos, ni sabía que Dios sé hallaba tan cerca de su persona, porque no hay cosa de menos ostentación que el amor paternal.

Cuando Jacob formó su cabecera de duras piedras, y se echó a dormir, aunque tuvo la visión de la escala, nada vió de extraordinario en aquel sitio; despertó del sueño y exclamó: *Verdaderamente, el Señor se encuentra en este lugar, y yo no lo sabía.*

Deseando Moisés ver a Dios, colócole el Señor en un agujero de la peña, le amparó con su diestra mientras pasaba su gloria inefable, y le dijo: *Quitaré luego mi mano, y verás mis espaldas, pero no podrás ver mi rostro.*

Tal es siempre la conducta de Dios: muéstrase con nosotros tierno, y amoroso, y benigno, y compasivo; arde nuestro corazón dentro del pecho, como ardía el de aquellos

dos discípulos que iban hablando con Jesús por el camino de Emaus; pero hasta después de haberse alejado de nuestra vista no sabemos con entera certidumbre que fuese el mismo Dios, Señor nuestro.

Así es que sólo por la meditación podemos llegar á conocer a Dios; es menester que, a semejanza de la Santísima Virgen María, ponderemos las cosas que se van sucediendo: que, cual otro Isaías, rumiemos y pensemos detenidamente las maravillas del Señor; que a ejemplo, en fin, de Jacob y David, guardemos en la memoria las divinas misericordias; que las pesemos y contemos, y hagamos de ellas una grande estimación.

Incesantemente estaba el primero ocupado en recordar su vida aventurera; Dios era para aquel Patriarca el Dios de Bethel, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac. ¿Cuál fué también la reprensión de David a su pueblo, sino que había olvidado al Dios que hizo cosas grandes en Egipto, obras maravillosas en la tierra de Canaán, y terribles y espantosos portentos en el mar Rojo?

Los beneficios que conocemos son más que suficientes para encendernos en la llama del divino amor, y eso que nunca llegaremos a conocer la mitad de ellos hasta el día del ju-

cio; porque, ¿quiénes somos nosotros para que Dios haya tenido la dignación de legislar en favor nuestro, y hecho al mismo tiempo todos los esfuerzos posibles para complacernos? ¿No tenía ningún otro mundo que gobernar? ¿No existían otras criaturas más sabias, y más santas, y más bellas que nosotros?

Sin embargo, lo que a nosotros más nos preocupa es la predestinación y el castigo eterno del infierno, devanándonos los sesos discurriendo sobre aquello que no podemos alterar ni aun comprender.

Parécmeme que semejante conducta es la cosa más irracional del mundo; porque si bien poseemos bastantes nociones acerca de la Divinidad, pocas, o acaso ninguna, tenemos fuera de aquellas que el mismo Señor ha tenido la dignación de revelarnos; así es que, cuando argüímos contra Dios, apóyanse nuestros razonamientos no sobre aquello que vemos, sino sobre lo que el Señor en su infinita bondad se ha servido enseñarnos de sí mismo.

Ahora bien: es preciso observar aquí, y por lo común pasa enteramente desapercibido que el objeto principal de las enseñanzas de Dios es su misericordia infinita e inefable condescendencia.

La severidad divina es el lado obscuro de la Majestad soberana y tremenda del Altísimo, no sólo a causa del espanto que infunde en el ánimo, sino también por habernos dado el Eterno acerca de ella nociones muy escasas.

Pero tratándose del amor ha sido copioso, explícito, minucioso; explica, repite, razona, arguye, persuade, se queja, invita, halaga, ensalza; de su inexorable indignación solamente una que otra vez deja caer alguna expresión de sus divinos labios; asústanos con la revelación de sus terribles juicios, mas como espanta únicamente movido del amor hacia sus hijos los hombres, afánase luego por explicarla, y suavizarla, y armonizarla.

Pero no es esto sólo: las expresiones más espantosas sobre la alteza de sus juicios son desahogos más bien que revelaciones salidas de su boca divina; explosiones del asombro que embargaba el ánimo de sus criaturas, de Job, por ejemplo; de Isaías, de Pedro y de Pablo.

Y aun cuando así no fuese, la terribilidad de semejantes frases es en sí misma una nueva prueba de su amor; porque ¿podemos acaso nosotros adivinar lo que su sabiduría y misericordia infinitas quieren darnos a entender con semejante manera de conducirse?

Así como no vemos sino un sólo lado de la luna, así tampoco nos es concedido ver más que un lado de Dios; ¿cómo conocer, pues, aquello que no vemos? ¿Quién es capaz, en efecto, de contar las varias manifestaciones de la infinita bondad de Dios, los ingeniosos artificios de su misericordia y las maravillas de su compasión hacia los hombres, criaturas tuyas? ¿Esfuérzase por llamar nuestra atención acerca de semejantes finezas de su amor, pero nosotros de todo nos cuidamos menos de esto; afanámonos por aquello mismo que Él quisiera que apenas pensáramos, y desdeñamos ponderar todas aquellas inefables muestras de cariño paternal que se digna darnos, y que son personales entre Él y nosotros, toques reales y sensibles de su abrasada caridad.

Mientras el Señor se está dando trazas por ordenar y enderezar las cosas para ganar nuestro amor, nosotros, con descaro inconcebible, trabajamos por contrariar y poner estorbos a su ternura y excesiva longanitud y paciencia.

Considerad por un momento la incomparable grandeza de ser dichosos por Dios; poneos en la balanza y pesaos con Él, y entonces veréis qué cosa es ocupar su divino entendimiento.

miento, llamar su atención, probar su paciencia y provocar su amor.

El mismo pensar en Dios es un blando lecho donde podemos acostarnos y descansar tranquilamente cuando más nos agrade; el recuerdo de su Majestad soberana causa en nuestro ánimo un gozo mayor que la visión de un Angel, y es más vistoso y regalado que el rostro bellísimo de María, que tan embelesador y hechicero le hará aquella su dulce y agraciada sonrisa al saludar, gozosa, en la gloria a nuestras almas justificadas y ricamente engalanadas con el precioso ropaje de la santificación y los brillantes aderezos de todas las virtudes.

Que sea un Dios tan rico en perfecciones y misericordia es más, incomparablemente más, que un simple reposo y descanso apacible; es un gozo y dicha inefable que se haya servido amarnos con eterno amor, y que sea nuestro Padre muy cariñoso es un gozo sobre todo gozo, y el mismo Cielo incoado en la tierra.

¿No será, pues, una maravilla del mundo que se tributen al Altísimo tan escasas acciones de gracias; un prodigo más grande que el raro ejercicio de la oración, y un portento, últimamente, casi tan asombroso como el por-

tento incomparable de que Dios tenga la dignación de amarnos con tan encendido amor de su corazón?

SECCIÓN 2

El espíritu de los Santos es un espíritu de acción de gracias.

El espíritu , característico de los Santos ha sido en todas las épocas un espíritu de acción de gracias; la acción de gracias fue siempre su oración favorita, y cuando la humana ingratitud angustiaba su amor divino, convidaban entonces a los animales y criaturas inanimadas a bendecir a la infinita bondad de su Hacedor y Padre misericordioso y compasivo.

Traslademos aquí un bellísimo pasaje de San Lorenzo Justiniano en su *Tratado de la obediencia* (8): «Quienquiera que –son palabras del Santo– intentare enumerar todos los beneficios divinos, se asemejaría a aquel que tratase de encerrar en un pequeño vaso el inmenso piélago de aguas del vasto Océano; y

(8) Cap. 28.

todavía sería más fácil esta operación que la de publicar con la humana elocuencia las innumerables larguezas divinas.

Pero si bien semejantes mercedes son inexplicables, no menos por su muchedumbre y grandeza, qué por su incomprendibilidad, no deben, sin embargo, pasarse en silencio, abandonándolas a un olvido completo; porque aunque nos sea imposible apreciarlas debidamente, preciso es, con todo, que sean confesadas con la boca, reverenciadas con el corazón y honradas con cristiana religiosidad, según es dado a nuestra mísera flaqueza humana.

La lengua, ciertamente, es incapaz de explicarlas, cero fácil cosa es encarecerlas con los tiernos y piadosos afectos de nuestro corazón; y la misericordia infinita de nuestro eterno Creador y Señor se dignará aceptar benigna no sólo lo que podemos practicar, mas también aquello mismo que deseamos poner por obra, pues que cuenta como méritos del justo, así las obras buenas que ejecuta, como el deseo de su voluntad.»

Cuéntase que el Eterno Padre reveló a Santa Catalina de Sena que el hacimiento de gracias hace al alma deleitarse incesantemente en su soberana Majestad, que libra a los hombres

de toda negligencia y tibieza en el servicio divino, e inspira en su ánimo vivísimos deseos de complacerle más y más cada día en todas las cosas.

El aumento de la acción de gracias es la razón que el Señor da a Santa Brígida para la institución del sacrificio augusto de la Misa: *Diariamente; le dice, se está inmolando mi Cuerpo sobre el ara del altar, para que el hombre se encienda en la llama del divino amor y recuerde con más frecuencia mis beneficios.*

Dichoso aquel, exclama San Bernardo, que a cada gracia que recibe se vuelve con el pensamiento a Aquel en quien se halla la plenitud de todas las gracias; porque si correspondemos agradecidos a los favores que nos ha otorgado, alcanzaremos ulteriores mercedes de sus divinas manos.

Y en otro lugar añade el mismo Santo Doctor: *Hablad a Dios con hacimiento de gracias, y veréis cómo conseguís abundantes beneficios de su infinita liberalidad.*

Oigamos a este propósito a San Lorenzo Justiniano: *Como observe el Señor que correspondéis agradecidos a sus divinas larguezas, os colmará entonces de singulares dones, a cuales más ricos y regalados.* Ultimamente, le

fue revelado a Santa María Magdalena de Pazzi que la acción de gracias disponía el alma a recibir las infinitas larguezas del Verbo Eterno.

Detente ahora, lector amado, y medita unos cuantos minutos sobre el Verbo Eterno; recuerda que es la segunda persona de la Beatísima Trinidad, el Hijo Unigénito del Padre, el esplendor de su divina Majestad, la Sabiduría increada, la Persona misma que encarnó y murió por nosotros, Aquel que envió al Espíritu Santo, quien nos dió a María y se da a sí mismo en el Santísimo Sacramento; Aquel en cuya mente se revuelven en este momento los innumerables lustros de todas las criaturas posibles.

Pondera igualmente que sus infinitas larguezas carecen de límites y medida, que nos es imposible contar su número, secar su frescura, penetrar su excelencia, abarcar su plenitud y dar inteligibles nombres humanos a sus especies, invenciones, variedades, portentos y singulares maravillas.

¡Oh si tuviésemos una muy especial devoción a la Persona del Verbo Eterno! ¡Si nos fuese dado leer todas las grandezas que la Iglesia puede de Él contarnos, y luego nos resolviésemos a meditar y hacer actos de amor sobre aquello mismo que estamos leyendo!

¡Oh qué medio este tan eficaz para aumentar nuestra devoción hacia la Sacratísima Humanidad del Hijo Unigénito del Padre para velar en su pesebre, y gemir sobre su Cruz, y adorarle en su tabernáculo, y ampararnos y guarecernos en el seno de su Sagrado Corazón!

Pide, pues, a San Miguel, San Juan Evangelista y San Atanasio, que te alcancen esta devoción, pues que sus ruegos tienen un especial valimiento ante el acatamiento divino para procurarnos tan singular beneficio, y verás cómo corres por los caminos de Dios luego que el calor de dicha devoción haya convertido tu corazón en horno de fuego.

Ten igualmente presente que el mismo Señor nos ha dicho, por boca de su sierva Santa María Magdalena de Pazzi, que la acción de gracias prepara el alma a las divinas larguezas del Verbo Eterno.

Ya ves, pues, la necesidad en que estás de empezar desde hoy, ahora mismo, un nuevo género de gracias más digno del Rey de la majestad que aquellas poco frecuentes formalidades, simples cortesías y meros respetos con que hasta aquí te has contentado para corresponder agradecido a los inestimables favores y señala-

das larguezas con que el Señor se ha dignado colmarte a pesar de tu ruindad y bajeza.

Hazle, sí, en este mismo momento semejante promesa, y en seguida, más encendido el corazón en la llama del divino amor, prosigue leyendo.

Cuenta San Buenaventura, o mejor dicho, el autor de las *Meditaciones sobre la Vida de Cristo*, que la Santísima Virgen daba gracias a Dios sin intermisión; y a fin de que las salutaciones ordinarias no la distrajesen en sus alabanzas al Altísimo, cuando alguno la saludaba, tenía la costumbre de contestarle: *Deo gratias*; adoptando no pocos Santos, a ejemplo suyo, la misma práctica piadosa.

El P. Diego Martínez, de la Compañía de Jesús, llamado «el Apóstol del Perú» por su celo por la salvación de las almas e infatigable laboriosidad en aquella provincia, solía diariamente decir cuatrocientos y hasta seiscientos *Deo gratias*, llevando consigo cierta especie de rosario para ser puntual en el número de veces que se había propuesto recitar semejantes palabras; y sin cesar estaba induciendo a los demás a practicar la misma devoción, asegurando que ignoraba hubiese ninguna breve jaculatoria más acepta a los divinos ojos, siem-

pre, por de contado, que se dijese con devota intención.

Cuéntase igualmente de este religioso, en el sumario de su proceso, que los actos formales de amor de Dios que cada día practicaba llegaban no raras veces a varios miles.

Refiere Lancisio, tomándolo de Filón, que existía entre los judíos una tradición bastante original, la cual es como sigue: «Luego que Dios hubo creado el mundo, preguntó a los Angeles qué juicio habían formado sobre esta obra de sus divinas manos, y uno de ellos se atrevió a contestarle, diciendo: que como era tan grandiosa y perfecta, le parecía que faltaba una cosa solamente, es a saber: una voz clara, sonora y armoniosa que estuviese sin cesar llenando con su eco todos los ángulos del mundo, para de esta suerte ofrecer día y noche a su Hacedor continuas acciones de gracias por los beneficios e incomparables mercedes con que la había enriquecido.

Ignoraban aquellos espíritus bienaventurados que había de llegar época en la cual tenía que llenar el Santísimo Sacramento la función sublime de alabar, y glorificar al Creador del universo; y ved aquí la razón por qué nuestra acción de gracias no debía ser un ejercicio

de devoción practicado de vez en cuando, pues la voz del amor que se mantiene siempre vivo y lleno de frescura y lozanía en el fondo de nuestros corazones preciso es que se oiga sin cesar.

En varios de los pasajes de San Pablo arriba citados habla el Apóstol de los ruegos con acción de gracias como si no pudiese haber oración alguna de la cual no forme parte el hacimiento de gracias; cuyo lenguaje es asimismo una confirmación de lo que llevo dicho, esto es, que el Espíritu de la Eucaristía se encuentra en todo acto de devoción católica.

«Paréceme —afirma San Gregorio Niseno— que si durante toda nuestra vida estuviésemos conversando con Dios sin interrupción ni distracción alguna, y no haciendo otra cosa más que rendirle acciones de gracias por sus inefables larguezas, tan lejos estaríamos de corresponder agradecidos a nuestro celestial Bienhechor, como si nunca nos hubiese ocurrido semejante pensamiento.

Efectivamente, el tiempo comprende tres partes: pasado, presente y futuro. Si examinamos el presente, veremos que Dios es por quien vivimos; si el futuro, Él es el objeto de todas nuestras esperanzas, y si consideramos, por fin,

el pasado, veremos igualmente que jamás hubiéramos existido si Dios no nos hubiese creado. Beneficio suyo fue, pues, el que naciésemos, y aun después de nacidos, nuestra vida y hasta nuestra misma muerte fueron, como asegura San Pablo, singulares mercedes de sus liberales manos, y cualesquiera que sean nuestras esperanzas futuras, están asimismo pendientes de los beneficios divinos.

Sólo, pues, somos dueños del presente, y, en su consecuencia, aunque nunca jamás interrumpiésemos las acciones de gracias durante todo el curso de nuestra vida, difícilmente haríamos todavía lo bastante para corresponder agradecidos al favor, que es siempre presente; pero nuestra imaginación no puede concebir ningún método posible para mostrar nuestro reconocimiento por el pasado, y el tiempo futuro.»

Como por vía de apéndice a estas autoridades, paréceme que no será inoportuno añadir que la Iglesia ha concedido indulgencias a varias fórmulas de acciones de gracias para aficionar más y más a sus hijos a que glorifiquen a Dios con tan santas devociones.

Ya se nos ofrecerá ocasión de recordar que no pocas de estas prácticas son acciones de gra-

cias a la Beatísima Trinidad por los singulares dones y señaladas mercedes con que enriqueciera a la Virgen María, Reina y Señora nuestra.

Nos servirá, ciertamente, de poderoso auxiliar en nuestro agradecimiento la clasificación de los principales beneficios por los cuales estamos obligados a rendir a Dios continuas acciones de gracias, y yo aconsejaría que en esta materia, como en muchas otras, siguiésemos el orden y método que propone el Padre Lancisio.

SECCIÓN 3

Varios objetos de acción de gracias.

1.º Debemos dar gracias a Dios, en primer lugar, por los beneficios comunes a todo el humano linaje; San Juan Crisóstomo es muy enérgico acerca de este punto, y nuestro Señor llegó a llamar a la práctica de acción de gracias por los beneficios comunes «el collar de su esposa», cuando, habiéndose dignado desposarse con Santa Gertrudis, e instruyéndola sobre los adornos espirituales con que debía vestir y engalanar su alma, dijo:

La exposa tiene que llevar sobre su cuello las señales del desposorio, esto es, la memoria de los favores que te he otorgado; la soberana generosidad con que te creara, dándote cuerpo y alma; la inefable larguezza con que te he concedido salud y biénes temporales; la abrasada caridad con que te he separado de los devaneos del mudo, muriendo por ti y restituyéndote, si así es voluntad tuya, tu antigua herencia.

Cuenta Orlandini que el hacimiento de gracias por los beneficios comunes fué una de las devociones características del P. Pedro Fabro, de la Compañía de Jesús. Ocupábase sin cesar este siervo de Dios en traer a la memoria con singular agradecimiento no sólo los divinos oficios particulares, sino también aquellos que son comunes a todo el género humano, y siempre tuvo presente la estrechísima obligación de dar gracias a la infinita liberalidad de Dios por los beneficios comunes, no menos que por los especiales, siendo para él motivo de grande aflicción ver el poco aprecio que de ellos hacía la generalidad de los cristianos, por conceptuarlos asunto de escasa importancia.

Lamentábase de que los hombres rara vez bendijesen aquella dulce voluntad y caridad

inmensa de Dios, que movieron sus paternales entrañas a crear el mundo y redimirle después a costa de su Sangre preciosísima, abriéndonos así las puertas de la eterna bienaventuranza, y dignándose en todas estas finezas de su encendido amor, pensar particular y distintamente en cada uno de nosotros.

Bajo el nombre de beneficios comunes van comprendidas las gracias todas de la sagrada Humanidad de Jesús, los gloriosos dones y singulares prerrogativas de la Madre de Dios, y todo el esplendor y hermosura de los Ángeles y Santos de la Jerusalén celestial.

Entré otras promesas que hizo Dios a Santa Gertrudis, fué una la siguiente: «Todo aquel que alabe a Dios con devota intención, y le dé gracias por los favores otorgados a Gertrudis, será misericordiosamente enriquecido por el Altísimo, si no al presente, a lo menos en alguna ocasión propicia, con tantos dones espirituales cuantas fueren las acciones de gracias que él ofreciera.»

Cuenta Orlandini que el Padre Fabro solía estar continuamente congratulando a los Ángeles y Bienaventurados del Cielo por todos los dones que habían recibido de las manos de su Creador, ponderando con especial asidui-

dad las gracias particulares con que les enriqueciera, y luego, separadamente por cada una de ellas, nombrando las más que le era posible, daba a Dios en nombre de estos cortesanos del Cielo rendidas acciones de gracias por semejantes mercedes; porque decía que era una devoción provechosísima a nuestras almas y muy agradable a los habitantes de la Jerusalén celestial, quienes veían claramente la inmensurabilidad de la deuda de gratitud que deben a Dios, así como la imposibilidad en que se hallan de satisfacerla cumplidamente.

Y llegó Fabro a remontarse a regiones tan elevadas con el continuo ejercicio de esta devoción, que no había una sola dádiva otorgada por la Bondad divina a cualquier individuo que no considerase como deuda personal que debía pagar al Señor su Dios; así es que apenas llegaba a apercibirse de algún próspero acontecimiento sobrevenido a un hermano suyo, cuando, lleno de alborozo, entonaba al Rey de los siglos un cántico de alabanzas y hacimiento de gracias.

Más aún: contemplaba arrobado y con los ojos rebosando júbilo las lindas y hermosas ciudades, las fértiles campiñas, los hechiceros olivares, los deliciosos viñedos, los risueños

prados, los alegres valles, y como semejantes objetos no podían hablar por sí mismos, suplía él esta falta suya dando rendidas gracias al Señor, dueño universal de todas las cosas, por la hermosura y encantos que sobre ellos había derramado a manos llenas, ofreciéndoselas igualmente a nombre de sus arrendatarios y poseedores, por el usufructo y dominio que Dios les otorgara.

¡Oh, qué riquezas debía atesorar el interior del alma de este santo varón, adornada de dones tan excelentes y variados, embellecida y exornada con gracias tan exquisitas y singulares, y, sobre todo, ataviada con aquel precioso e inestimable caudal, *de disposiciones interiores* que constituían su peculiar carácter espiritual, y en lo cuál difícilmente exista santo alguno canonizado que llegara a sobrepujárle!

No es, pues, maravilla que San Francisco Javier añadiese su nombre a la letanía de los Santos, ni qué San Francisco de Sales hablase del gozo incomparable e indecible consolación que experimentó al consagrarse un altar en Saboya, cuna de varón tan insigne.

Pero a semejanza de Baltasar Alvarez, a quien Santa Teresa vio en espíritu gozando en el Cielo mayor gloria que todos sus contem-

poráneos, incluso no pocos santos canonizados, así Pedro Fabro no está colocado sobre los altares de la Iglesia, sino que descansa en el seno de Dios como uno de sus santos ocultos. ¡Loor, pues, y gloria a la Trinidad Beatísima por cada uno de los dones y prerrogativas con que se dignó embellecer el alma angelical de este varón venerable!

¡Alabanza y bendición a tan augustas Personas por todos los tesoros de gracia con que enriquecieron a los santos que actualmente viven ocultos en su divino seno, y por cuyo motivo nos es imposible glorificarlas en ellos con perpetuos loores!

2.º La segunda clase de misericordias divinas, por las cuales tenemos obligación de corresponder agradecidos ofreciendo continuas acciones de gracias, comprende los innumerables beneficios personales que hemos recibido de la bondad y liberalidad de nuestro Dios y Señor.

Oigamos a este propósito a San Bernardo en su primer sermón sobre los Cantares: «En las guerras y en los combates –son sus palabras– que deben reñir con el demonio, mundo y carne todos aquellos que viven piadosamente en Cristo –pues la vida del hombre, como ha-

bréis experimentado en vosotros mismos, es una milicia sobre la tierra—; en todos éstos combates repito, es menester que volvamos a cantar aquellas nuestras canciones de agradecimiento por las victorias alcánzalas anteriormente.

»Cuando la tentación es vencida, y el vicio dominado; y el inminente peligro precavido, y descubiertos en tiempo oportuno cualesquier lazo y asechanza del enemigo, y la vieja e inveterada pasión del alma amansada, y la virtud, tan codiciada y pedida con vivas ansias, alcanzada al fin por la misericordia divina, ¿qué otra cosa debemos hacer más que, a dicho del Profeta, entonar entonces un himno glorioso de alabanza y acción de gracias, y bendecir a Dios por todos los dones y regalos de su infinita liberalidad? Porque en el día del juicio será contado entre los ingratos aquel que no puede decir al Señor: *Tus justicias fueron asunto de mis canciones de alabanza en el lugar de mi peregrinación.*

»¡Qué más!, por cada paso que demos en la senda de la virtud, y por cada escalón que subamos en la vida espiritual, menester es que cantemos otras tantas canciones en alabanza y gloria de Aquel que así se ha dignado levantarnos:»

«Yo instaría con todas las fuerzas de mi alma —escribe Lancisio— a todos aquellos que sirven fielmente a Dios, que le ofrezcan rendidas gracias con particular agradecimiento y encendido afecto de su corazón, a lo menos cuatro veces al día: primera, por la mañana, durante la meditación; segunda, al mediodía o antes de la comida; tercera; en el examen de conciencia; cuarta, al tiempo de irse a la cama.

»Entre los, beneficios personales ocupaba el primer lugar aquella gracia con que nos ha llamado de la herejía a la fe católica, o del olvido completo de los Sacramentos y continuas recaídas en la culpa, a una verdadera conversión y vida ejemplar.»

Nuestro Señor habló así en cierta ocasión a Santa Brígida: «La esposa, hija mía, debe estar ataviada con el blanco ropaje y los ricos adornos del desposorio al tiempo que va el Esposo a las bodas; y brillarán por su blancura esos tus vestidos y preciosas galas, cuando recuerdes con afecto de agradecimiento aquella dádiva graciosa que te he otorgado en el bautismo, purificándote del pecado de Adán; aquella infinita paciencia con que te he sufrido cuando caíste en la culpa, y aquella generosa larguezza con que te he sostenido para que no vol-

vieses a cometer nuevas y más enormes malidades.»

Otro de los beneficios personales que debemos agradecer a Dios es la conservación de la vida y la salud, medio eficacísimo con el cual podemos acumular diariamente riquísimos tesoros de merecimientos y glorificar con numerosos y variados actos de amor divino a la Majestad soberana del Altísimo.

Tenemos asimismo la obligación de darle señaladas gracias por las humillaciones pasadas y presentes, por las calumnias y malévolas interpretaciones que han dado a nuestras palabras, obras, omisiones e intenciones; por las detraccciones malignas que tanto nos han hecho sufrir, y últimamente, por todo cuanto ha contribuído a mortificar nuestro amor propio.

Porque si consideramos los verdaderos intereses de nuestra alma, no podremos menos de convenir en que es un beneficio inestimable del Cielo la humillación y abatimiento, no sólo por el auxilio que nos ofrecen para adelantar en el camino de la perfección cristiana, sino también a causa de las innumerables ocasiones que nos proporcionan de glorificar a Dios y adquirir un riquísimo caudal de me-

recimientos, y llegar, en fin, un día a ocupar un lugar muy alto y encumbrado en la patria del Cielo.

Pues no es fácil concebir un medio tan poderoso para glorificar a Dios nuestro Señor como el ejercicio devoto de las virtudes cristianas, mientras el alma se ve perseguida por la humillación y el abatimiento.

Si, pues, nuestro estado o condición de la vida no nos granjea el aprecio y las alabanzas de los hombres, demos por ello las más rendidas gracias a Dios nuestro Señor, que ha tenido la dignación de librarnos del peligro que de otra suerte hubiéramos corrido en el mundo ocupando un puesto más elevado y honroso.

La paciencia infinita que Dios ha usado con nosotros es asimismo un beneficio inestimable que merece todo nuestro reconocimiento, porque ¿no es un espectáculo digno de la mayor admiración el contemplar por una parte la soberana mansedumbre con que el Señor nos ha sufrido, y por otra, la perversidad inconcebible de nuestro corazón a tan regalada muestra de su caridad paternal?

¿Cuántas absoluciónes no hemos recibido? ¿Cuántos méritos perdidos, nuevamente recompuestos? ¿Cuántas gracias alcanzadas de las

misericordiosas entrañas del Rey soberano de la Gloria?

¡Oh, qué milagro tan estupendo de paciencia ha sido Dios para con nosotros! Paréceme que no sin sobrado motivo podríamos penetrar en espíritu dentro del corazón inmaculado de aquella doncella española que solía decir, según afirma el P. Rho, que si tuviese que levantar un templo en honor de los atributos de Dios, le dedicaría a la divina Paciencia. ¡Cuán bella y agraciada no debía ser aquella alma angelical, y qué cosas tan íntimas y secretas no pasarián entre ella y su Esposo divino!

Además, ¿cuántas culpas no hubiéramos cometido si la misericordia divina, no hubiese salido luego al punto a nuestro encuentro, teniéndonos de su mano? ¿Cuántas tentaciones, tan fatales a los demás, que ni siquiera han llegado a mortificarnos un solo momento de la vida?

El emperador Antonino, aunque pagano, daba gracias a Dios por las ocasiones de pecado a que nunca se había visto expuesto; y he aquí otro de los beneficios personales, objeto especial de nuestro agradecimiento.

Pero todavía existen tres beneficios personales que un católico no debería perder jamás de vista, y son los siguientes: 1.º, la elec-

ción divina por la cual es cristiano, y no judío, mahometano o hereje; 2.º, la paternal providencia de Dios, que desde que vinimos al mundo ha sido siempre nuestra defensa, y armadura, y escudo fortísimo; 3.º, la divina liberalidad con que nos ha colmado y enriquecido de innumerables dones y singulares dádivas graciosas para adornar nuestra alma y aumentar nuestro gozo en el Señor.

Aconséjanos San Juan Crisóstomo que correspondamos también agradecidos a los inestimables beneficios ocultos que Dios, en su misericordia infinita, se ha servido derramar sobre nosotros a manos llenas: *Dios –dice– es una fuente perenne de clemencia que continuamente está inundándanos con las cristalinas aguas de su divina liberalidad, aun cuando no lo conozcamos.*

Cuenta asimismo Orlandini que el P. Pedro Fabro llegó a señalarse de un modo singularísimo en el agradecimiento a los beneficios ocultos. Solía decir este varón insigne que difícilmente habría ningún otro beneficio por el cual debiéramos ser más escrupulosos en dar gracias a Dios, como por aquel que nunca solicitamos, viniendo a nuestras manos sin que lleguemos a conocerlo.

Probablemente, no pocos de nosotros sabremos en el día de la cuenta que semejantes dádivas, ocultas a nuestras miradas, fueron el verdadero eje sobre el cual girara toda nuestra vida mortal, y con cuyo auxilio llegó a obrarse nuestra predestinación y eterno descanso en la gloria del Cielo.

3.^º Ni vayamos tampoco a creer que se nos exige demasiado al recomendarnos los escritores espirituales la obligación de dar rendidas acciones de gracias a Dios nuestro Señor por las aflicciones y tribulaciones pasadas, igualmente que por aquellas otras que tengamos que sufrir en el tiempo presente.

No es éste, claro está, lugar oportuno para entrar en averiguaciones acerca de los riquísimos tesoros que la Providencia divina, en sus altos y secretos designios, pretende sacar de las aflicciones, pues fácilmente ocurrirán a cualquiera. El Santo Juan de Ávila solía decir que un solo *Deo gracias* en la adversidad tenía más valor ante los divinos ojos que seis mil en tiempo de prosperidad.

Pero volvamos otra vez a Orlandini, quien es inimitable en aquella magnífica descripción donde pinta a las mil maravillas el don espe-

cial de acción de gracias que adornaba el alma angelical de Pedro Fabro.

Creía este siervo de Dios, y con fundado motivo, que no debían los hombres darse por satisfechos humillándose bajo la mano del Todopoderoso cuando los probaba con públicas calamidades, sino que era menester que tributasesen entonces al Señor las más rendidas gracias por semejantes adversidades, es decir, por el hambre y escasez, por las guerras, pestes, tempestades y por todos los otros azotes del Cielo.

Y era para su corazón compasivo motivo de dolor *vehementísimo* ver que los hombres no conocían claramente los amorosos intentos de Dios al afligirlos con semejantes trabajos; ceguera que causaba en su ánimo la mayor pesadumbre, cuando gemía compasivo sobre las desventuras con que Dios se dignaba visitarlos; porque no es ciertamente perfecto agradecimiento aquel que sólo se alimenta de favores y regaladas mercedes.

—¡No! —exclama San Antíoco—, no podemos nosotros afirmar que un sujeto es verdaderamente agradecido hasta que no le vemos dar a Dios sinceras y cordiales acciones de gracias en medio de las calamidades.

Y San Juan Crisóstomo, en sus *Homilías sobre la carta de San Pablo a los de Efeso*, escribe que: *debemos dar gracias a Dios hasta por la existencia del mismo infierno, y por todas las penas y tormentos que allí se padecen, pues son un freno eficaz para domar nuestras desordenadas pasiones.*

4:º Es también una devoción muy regalada el dar gracias a Dios, Padre amoroso, por aquellos beneficios que llamamos insignificantes y livianos, no porque exista larguezza alguna insignificante para nosotros, criaturas harto indignas de semejantes favores, sino con relación a las otras misericordias de Dios más soberanas y de más alta estimación.

San Bernardo no teme aplicar a este ejercicio piadoso de acción de gracias por los beneficios de escasa valía el encargo que hizo el Señor a sus discípulos de recoger con exquisito cuidado todos los fragmentos y sobras, para que no se desperdiciase absolutamente ninguna.

Leemos en la *Vida de la Beata Battista Varani*, de la Orden de San Francisco, que en cierta ocasión la habló el Señor de esta manera: «Si no volvieses nunca más a pecar; si tú sola hicieses más penitencia que cuantas han

hecho todos los Santos del Cielo mientras vivieron sobre la tierra; si derramases tantas lágrimas como gotas de agua encierran todos los inmensos mares; si sufrieses, en fin, tantas penas y trabajos cuantos eres capaz de sufrir, todos estos sacrificios no serían suficientes para corresponder agradecida al más pequeño beneficio que liberalmente te he concedido.»

Cuenta la misma Varani, que en otra ocasión le dió el Señor a entender cómo ni la Madre gloriosísima del Verbo Eterno. María Santísima, ni todos los Angeles y bienaventurados de la Corte celestial, con cuantos encantos y perfecciones engalanan su gentileza, podrán nunca rendirle las debidas gracias por la creación de la más pequeña flor del campo qué el Omnipotente creara para deleitar nuestra vista, y no por otra razón sino a causa del abismo infinito que existe entre su divina excelencia y soberana grandeza, y nuestra ruindad e inconmensurable bajeza.

También en esta devoción, según refiere Orlandini, llegó a sobresalir el P. Pedro Fabro, quien solía decir que en toda dádiva divina, por liviana que fuese, debían ponderarse tres cosas, a saber: el Dador, el don y el afecto de caridad con que la concedía: y que si nosotros

considerásemos devotamente estos tres objetos, veríamos entonces con toda claridad la grandeza que campea en las más pequeñas misericordias divinas.

«Indudablemente —continúa su biógrafo—, fué ésta la causa por la cual su alma bienaventurada se hallaba siempre nadando en la abundancia de las divinas larguezas; porque siendo Dios un océano inagotable de bondad, es imposible que llegue a secarse la fuente de la liberalidad infinita allí donde da con un corazón sumamente devoto y agradecido, en cuyos senos pueda derramar las cristalinas aguas de sus inefables misericordias.»

Así es que Tomás de Kempis asegura que si nos detuviésemos a considerar la majestad y grandeza del Dador, ningún don tendríamos entonces por pequeño, mucho más sabiendo que el mismo Señor llegó a encargar a Santa Gertrudis que le diese gracias hasta por los beneficios futuros no recibidos todavía; ¡tan acepta es a sus divinos ojos la práctica de acción de gracias!

5.^o No raras veces se le oyó decir a San Ignacio que eran muy pocas las personas, acaso ninguna, que penetrasen a fondo el enorme impedimento que oponemos a Dios cuando de-

sea en su inefable liberalidad obrar cosas grandes en nuestras almas, pues apenas son creíbles los portentos que obraría en ellas sólo con que nosotros se lo permitiésemos.

He aquí por qué no pocas personas espirituales han hecho una devoción especial de acción de gracias a la Divina Majestad de los beneficios que el Omnipotente les hubiera concedido si ellas no se lo hubiesen estorbado, y de aquellas otras mercedes a que no correspondieron agradecidas al tiempo de recibirlas.

Fabro solía celebrar misas, o las mandaba decir, en expiación de su desagradecimiento y el de sus prójimos al recibir los beneficios de las manos de Dios nuestro Señor; y siempre que veía algún rico o poderoso de la tierra, acostumbraba a hacer actos de reparación amrosa por la negligencia posible de semejante sujeto en dar gracias a su divino Bienhechor.

Otras personas devotas llegaron a formarse tan elevado concepto de aquellos beneficios divinos, por los cuales dieron gracias al Altísimo al tiempo, de recibirlos, que ahora, no satisfechas con semejante correspondencia, paréceles que aquel agradecimiento suyo no fué tan grande y afectuoso cual pudiera haberlo sido, devoción generosa y grandemente rega-

lada que, según afirma San Lorenzo Justiniano, entra en la acción de gracias que rinden al Rey de la Majestad los bienaventurados de la gloria del Cielo.

Aquellos beneficios, pues, de que abusamos o recibimos con desdeñosa indiferencia aconseja San Bernardo que debemos considerarlos como asunto de un especial hacinamiento de gracias.

Otras personas, últimamente ejercitaron la devoción de dar gracias a Dios hasta por los beneficios a que se fuesen preparando sus prójimos, y por cuanto bueno les acaeciera mientras se hallasen dormidos, práctica piadosa que nos demuestra a lo menos el amor ingenioso de los corazones agradecidos.

Pero todavía existe otra devoción en la cual solía ejercitarse Pedro Fabro, según enseña Orlandini, y que bajo ningún concepto debemos pasar en silencio, la cual consiste en dar a Dios gracias muy señaladas por haber impedido que no pocas de nuestras acciones y palabras causasen el escándalo que de suyo hubieran producido; ¿concíbese, pues, misericordia más dulce regalada que la presente?

6.º Otra de las devociones de las personas piadosas consiste en dar gracias al Hacedor del

mundo por todas las criaturas irracionales, cuya práctica es sumamente agradable a sus divinos ojos como Creador sapientísimo del universo, y tiene asimismo la ventaja de ser una de las devociones más excelentes de la presencia de Dios, pues que nos dispone en todo tiempo y lugar a elevarnos hasta Él por la contemplación de las criaturas.

Pero en semejante devoción no debemos atender principalmente al uso y señorío que Dios en su liberalidad infinita se ha dignado concedernos sobre los seres de la naturaleza, sino más bien al amor que nos tuviera al crearlos, según Él mismo aseguró a Santa Catalina de Sena.

«Cuando el alma –le dijo– ha llegado al estado de perfecto amor, recibiendo los dones y gracias de mis manos, no tanto considera la dádiva mía, como el afecto de caridad que moviera mis paternales entrañas a conferírsela.»

7.º Glorificaremos igualmente a Dios nuestro Señor dándole rendidas gracias por todos los beneficios otorgados a nuestros enemigos.

Semejante devoción es el ejercicio más excelente del amor fraternal, y altamente agra-

dable a los divinos ojos; porque es imposible que llegue uno a practicarla por mucho tiempo sin que la indiferencia y resentimiento que abriga en el corazón contra su prójimo no cedan luego el paso a la dulzura y cariño hasta por aquellos hermanos nuestros que más nos ofendieron y mayor aversión llegaron a tenernos.

Más como mi principal objeto al escribir la presente obrita no es otro que el acumular una abundancia de medios, a cuál más tiernos e ingeniosos, para procurar a nuestro Señor dulcísimo siquiera un pequeño grado más de gloria; como mi ánimo es mover suavemente a mis lectores a ejercitarse en actos de reparación amorosa por las ofensas y ultrajes que reciben diariamente la honra de Dios y los sagrados intereses de Jesús, parécerme que no será inoportuno añadir aquí algunos otros métodos de acción de gracias que tanto hacen a mi propósito.

Trasladémonos, pues, con la consideración a las cavernas del infierno, y contemplemos allí aquellas almas infelices que habitan esa región de tinieblas y sempiterno llanto; no existe ni una sola a quien Dios no colmara de bendiciones, enriqueciera de dones muy señala-

dos y exornara con las caricias divinas del Espíritu Santo.

Pero en aquellas cárceles tenebrosas no se canta ninguna canción de gracias al Altísimo; allí sólo levanta su voz la justicia inexorable del Rey de la majestad; y el divino amor permanece silencioso.

He aquí por qué el Venerable P. Luis de la Puente, en el *Prefacio a sus Meditaciones*, nos recomienda encarecidamente la práctica devota de acción de gracias a Dios nuestro Señor por todos los beneficios de naturaleza y gracia que ha derramado sobre los mismos condenados.

Otros han ido aún más lejos todavía: era tal su celo por la gloria de Dios, y tan grande su temor de que pudiese haber algún rincón del mundo donde no se tributasesen al Creador omnipotente las gracias debidas a sus divinas misericordias y soberanas larguezas, que llegaron a ofrecerle alabanzas por haber tenido su bondad la dignación de contentarse con castigar a los réprobos *citra condignum*, esto es, menos de lo que merecen sus culpas; ¡cuán prodigo, pues, no ha sido Dios de su bondad infinita, y cuán cierto es asimismo que sobrepujan al cálculo los innumerables dones y mercedes que concediera liberal a los condenados.

Añadamos ahora la muchedumbre de judíos; infieles y herejes que existen en toda la redondez de la tierra sin cuidarse de corresponder agradecidos a los divinos beneficios, y agreguemos igualmente tantos malos católicos que están viviendo en pecado mortal, hollando bajo sus pies los santos Sacramentos, crucificando de nuevo a nuestro Señor dulcísimo y exponiéndole descaradamente a la pública vergüenza.

¡Gloria, pues, a Dios por cada una de las larguezas que ha otorgado a estas infelices criaturas suyas! Alábele ahora en su memoria el Santísimo Sacramento desde todos los tabernáculos del universo mundo; porque mil veces más dulce y melodiosa es la voz de Jesús sacramentado que pudiera haberlo sido aquella otra voz clara, llena, sonora y armónica que, según la judaica tradición, solicitaría el abrasado amor angélico.

Si queréis poner en práctica esta devoción del, hacimiento de gracias por todos los beneficios que el Creador omnipotente ha derramado a manos llenas sobre sus criaturas, yo me atrevería a aconsejaros que adoptarais el plan del *Apostolado de la Oración*; y no va yáis a persuadiros que cambiando la oración

en acciones de gracias dejé por eso de ser verdadera oración; al contrario, aumentará así su excelencia.

El domingo, bajo la invocación de la Santísima Trinidad, ofreced a Dios rendidas gracias por la Iglesia, el Papa, el Clero y por todos los fieles que viven en estado de gracia.

El lunes, en unión con todos los Santos de la Corte celestial, dad al Señor Dios nuestro infinitas gracias por todo cuanto ha hecho, hace y hará graciosamente en lo sucesivo por las necesidades del catolicismo en Europa.

El martes, convidad a los Angeles que tengan la dignación de unirse con vosotros para rendir gracias a la Divina Majestad por todas las misericordias que ha otorgado a los que por no conocerle, no le rinden acción de gracias.

El miércoles, invocad a San José, y, en unión suya, dad gracias a Dios nuestro Señor por todo el amor que prodigamente ha derramado sobre todos los gentiles que pueblan el Asia Oriental.

El jueves, únios con Jesús en el Santísimo Sacramento, y suplid el desagravdecimiento de todos los infieles del Asia Occidental.

El viernes, cobijaos dentro del Sagrado Corazón de Jesús, , y enfervorizados allí con la memoria de su Pasión santísima, suplid la ingratitud de todos los herejes y cismáticos que viven diseminados por toda la redondez de la tierra.

Y últimamente, el sábado, ofreced a Dios el Inmaculado Corazón de nuestra Madre benditísima por tódos los pecadores del mundo, en justo agradecimiento a los innumerables beneficios con que se ha servido enriquecernos.

¡Oh Dios y Padre mío! ¡Pluguiera al Cielo que esta pequeña ofrenda que me atrevo a presentar a tus divinos pies pudiese procuraros un poquito de gloria, siquiera no fuese más que un solo grado, y sirviese asimismo para aumentar diariamente el número de corazones que anhelan con vivas ansias amar a tu hijo Jesús y Salvador nuestro, gimiendo inconsolables por ser tan poco amado de los hombres!

¿Qué me importa la vida ni la misma muerte, si a costa suya lograse que Dios fuese más y más amado cada día?

¡Oh dulcísimo Jesús mío!. ¡cuándo se encenderá nuestro corazón en la llama del divino amor! ¡Cuándo, Jesús mío y Salvador mío,

cuándo! ¿Dónde está, Dueño mío, aquél fuego que viniste a encender sobre la tierra? ¿Dónde está, que no llega a consumirse mi corazón?

¡Señor amorosísimo, ya que tan poco os amamos, avergoncémonos siquiera y llenémonos de un santo rubor por no profesaros aquel amor que se merece vuestra grandeza soberana, y la hermosura y embeleso de vuestra divina naturaleza que roba los ojos del Querubín!

8.^º El objeto de la presente práctica consiste en dar gracias a Dios nuestro Señor con el mayor regocijo posible y el más encendido fervor del corazón por la inmensa muchedumbre de Ángeles y Santos que pueblan los Cielos, adorándole como a su cabeza y rindiéndole infinitas gracias como autor de toda gracia y dador de todos los dones.

Porque si nosotros le profesáramos un verdadero amor, nuestra mayor pesadumbre sería considerar esta nuestra incapacidad para amarle dignamente y cual se merece, y en su consecuencia, tendríamos como un beneficio inestimable que su liberalidad infinita se hubiese servido dispensarnos la creación de ésa multitud innumerable de seres bienaventurados ca-

paces de amarle más, incomparablemente más que nosotros le amamos a pesar de todos nuestros esfuerzos.

Algunas personas piadosas han añadido a esta práctica devota la de la acción de gracias por todo el culto y adoración que al presente está recibiendo el Altísimo en toda la redondez de la tierra y mansiones del purgatorio; por todos los sacrificios que ahora le ofrecen millares y millares de ministros suyos y almas puras; por todas las oraciones que desde innumerables iglesias y santuarios suben en olorosa espiral a los pies del excelso trono que ocupa en el empíreo cuál Rey de la majestad; por los votos con que se están ligando los fervorosos fieles para ofrecerse en su servicio cual víctima de expiación, y, finalmente, por todos los grados de aumento que recibe el amor divino en aquellos corazones que viven la vida regalada de la gracia santificante.

Otras personas devotas se han sentido asimismo dulcemente atraídas a rendir a Jesús continuas acciones de gracias por los misterios gloriosos de su vida santísima, alabándole con perpetuos loores por la gloria inefable que en ellos gozara, por la que procuraran a su Eterno Padre y por los inestimables beneficios

que de ellos hemos nosotros conseguido; de aquí es que a todos los siervos de Dios que profesaron una especial devoción a la resurrección triunfante y gloriosa de Jesucristo, Salvador nuestro, se les ha visto casi siempre aficionadísimos a la práctica amorosa de la acción de gracias.

SECCIÓN 4

Acción de gracias por el don inestimable de la fe.

9.º Otras personas llegaron a señalarse por un afecto profundo de agradecimiento hacia el don inestimable de la fe y a todas aquellas maravillas sobrenaturales de nuestra sacrosanta Religión cristiana, dones que forman dos fuentes distintas y muy abundantes de tierna devoción.

La primera, esto es, la fe, induce a los hombres a regocijarse no menos en la absoluta soberanía de Dios y supremacía ilimitada de su excelencia y adorable Majestad, que en su impropia dignidad y vileza, que sobrepujan a todo humano encarecimiento.

A semejanza de Pedro Consolimi, se ven inclinados a favor de aquella opinión teológica relativa a la naturaleza y eficacia de la gracia que favorece más a la elección divina que al libre albedrío del hombre; y si adoptan con Lessio la opinion contraria, es solamente porque; a juicio suyo, procura más gloria a Dios que la primera.

Imagínanse que nunca podrán ellos agradecer a Dios debidamente el singular beneficio, digno de perpetuos loores, que se les ha otorgado de hallarse tan completa y absolutamente abandonados en las manos de su Creador omnipotente, y por nada del mundo cambiarían de condición.

Apenas pueden concebir que existan personas que no abriguen los mismos sentimientos; y si bien bendicen a Dios, rico en misericordias por sus inefables promesas, el instinto habitual suyo consiste principalmente en poner toda su confianza en el amor divino; cuídanse muy poco o nada del mérito, y su única solicitud es la gloria de Dios nuestro Señor: *No podemos sufrir este lenguaje acerca del mérito*, dicen con San Francisco de Sales: aunque de aquí no se sigue que todo el mundo esté obligado a sentir y hablar de la misma manera.

El dulce pensamiento de la soberanía de Dios, más bien que el de su inquebrantable fidelidad, es para los espíritus melancólicos y abatidos el blando lecho de su reposo y descanso apacible; semejantes sujetos gozan en la religión de una dicha inefable, excepto cuando Dios les retira por algún tiempo, para su mayor santificación, aquella dulce confianza, y aun entonces es su lenguaje el de Job: *Aunque me mate, en Él pondré todavía mi confianza.*

Dichas personas parecen que poseen el don especial de la abnegación propia y del desapego completo a las cosas del mundo: deléitanse en los planes y espirituales empresas que acometen los demás hombres y aquellas Ordenes religiosas rivales a la suya.

Compláicense de que sea enteramente sobrenatural todo lo relativo al mérito, satisfacciones, absoluciones, hábitos infusos e indulgencias; profesan una reverencia profunda a todas las bendiciones de la Iglesia, a los Sacramentos, materias, formas, administración de los mismos y a las rúbricas que se observan en sus ceremonias, que más bien que un ritual y directorio de las pompas de la tierra, parecen resplandores y centellas del cielo.

Gloríanse de que los principios del Evangelio y la vitalidad de la Iglesia sean opuestos a todos los cálculos y máximas del mundo; alégranse en la fuerza de la flaqueza, en la exaltación de la santa pobreza, en el esplendor de la humillación, de la omnipotencia del sufrimiento, en el triunfo de la derrota.

Todas estas cosas son para ellos como los suaves y olorosos perfumes de las Molucas, que lleva el viento al fatigado navegante, la fragancia del cielo y el exquisito aroma de la Divinidad.

Regocíjanse de que los hombres se conviertan por la eficacia inefable del don invisible de la gracia, más bien que por los razonamientos de la controversia, y sienten su corazón inundado de indecible placer cuando se persuaden que Dios no raras veces toma de su propia cuenta el negocio de nuestra salud, trabajando en él por sí mismo, sin valerse para nada de nuestra cooperación.

No se agitan en su mente arcanos impenetrables sobre Dios y la naturaleza, porque no consideran al hombre, conforme enseñan los *Tratados Bridgewater* y otras publicaciones por el estilo, como el centro del sistema del universo, como la razón última de la creación y el blanco principal de los designios divinos; imagínanse

que semejante teoría disminuye el campo de sus vistas espirituales, como limita el de las vistas humanas de la naturaleza la hipótesis de que la tierra es el centro del sistema solar, o bien que el sistema solar es el centro del universo, sino que contemplan a Jesús como centro de todas las cosas, cómo la razón última de la creación; como el blanco de los designios divinos.

Figúranse que la predestinación de Jesús todo lo explica, todo lo armoniza y todo lo gobierna; cuya predestinación, juntamente con la de su Madre bendita,, Reina y Señora nuestra, es la fuente de todo cuanto existe fuera de la unidad de la Trinidad.

El fin exclusivo de todos sus desvelos en este valle de lágrimas es seguir las sendas de Jesús, y a excepción de la excelsa dignidad de ser objeto predilecto de las caricias divinas,- todo lo demás no tiene interés ni importancia alguna ante sus ojos; así como los luminosos rayos solares ocultan a nuestra vista las estrellas del firmamento, así el rico y alegre esplendor de la predestinación de Jesús apenas permite a estas almas bienaventuradas ver y distinguir los misterios impenetrables de la fe, la permisión del mal, la eternidad de las penas del infierno y otros dogmas por el estilo.

La acción de gracias por el don inestimable de la fe es una práctica que nunca podrá ser bastante recomendada en el siglo en que vivimos.

Semejante práctica fué la devoción favorita de Santa Juana Francisca de Chantal, una de las almas más bellas y angelicales que han existido sobre la tierra, y de cuya vida voy a trasladar aquí, sin el menor escrúpulo, un extenso párrafo; porque entre todas las variedades de la vida espiritual y las manifestaciones del espíritu de santidad, paréceme que no existe ninguna más conveniente y provechosa a nuestras almas que el dulce y suave espíritu de la Orden de la Visitación, que tanta semejanza tiene con el Oratorio de San Felipe.

Cuando San Francisco de Sales se hallaba en Roma durante su juventud, pasaba no pocas horas del día en el Oratorio, cuya regla solía llamar *manera admirable de vivir santamente*; y uno de sus amigos más íntimos era el venerable Juvenal Ancina, en cuyo proceso de canonización figura como testigo el mismo San Francisco.

Queriendo, pues, éste varón insigné consolidar en el Chablais su obra de la conversión de las almas, creó en Thonon un Oratorio de

San Felipe, compuesto dé siete Padres, de los cuales fué él mismo su prepósito; así es que la Santa Sede ha autorizado a varias de nuestras Congregaciones para que guarden la fiesta de San Francisco como si fuese la fiesta de un Santo de la Orden; y la regla de la Visitación tiene no pocos puntos de semejanza con la de San Felipe Neri.

No es, pues, extraño que la edición de las obras del Obispo de Ginebra, impresa en Venecia, lleve por título: *Obras espirituales de San Francisco de Sales, Prepósito del Oratorio de honor y Fundador de la Orden de la Visitación de Santa María*; ni que la traslación de la *Vida de la Venerable M. Blonay*, de Carlos Augusto de Sales, publicada en Nápoles, año 1694, tenga en su portada las siguientes palabras: *Por un humilde siervo muy amante del espíritu de San Francisco de Sales y San Felipe Neri*.

Pero volvamos a Santa Juana Francisca.

En la *Vida* (9) de esta sierva de Dios leemos lo que a continuación vamos a copiar: «Cuando después de casada se fué a vivir al campo, e igualmente en su estado de viuda,

(9) *Vida*, vol. II, pág. 6, edic. del Orat.

mandó aprender el canto del Credo a aquellos de sus criados que mejor voz tenían, a fin de que acompañasen, cantándole con gran solemnidad, en la Misa parroquial, el cual oía la Santa con indecible placer de su alma; y luego después que se hizo religiosa, ella misma solía cantarle durante la recreación.

Profesaba una singular devoción a los santos Mártires porque habían generosamente derramado su sangre por la fe, e igual reverencia tenía a aquellos grandes Santos de los primeros siglos que defendieron palmo a palmo tan rico tesoro, así de palabra como por escrito; de suerte que era ya proverbial entre sus religiosas decir en las festividades de los grandes Santos de la primitiva Iglesia: *Es uno de los Santos de nuestra Madre.*

No se contentaba con oír leer sus vidas en el refectorio, hablando de ellas luego después mientras la recreación, sino que se llevaba no raras veces el libro a su celda para volverlas a leer privadamente.

Y en los últimos años de su peregrinación en este valle de lágrimas compró las *Vidas de los Santos*, en dos volúmenes, anotando las de aquellos grandes siervos de Dios y primeros hijos de la Iglesia, que leía con mayor devo-

ción; profesaba una especial reverencia a San Espíritu Santo, por haber este varón insigne cautivado en obsequio del Credo católico su razón de filósofo sutil.

Sabía de memoria el himno de Santo Tomás, *Adoro te devote*, que recitaba con bastante frecuencia, cuyo himno hizo aprender a varias de sus religiosas, declarándolas al propio tiempo que ella siempre repetía dos o tres veces el verso siguiente

Credo quidquid dixit Dei Filius.

Al principio de su viudez entregóse tan de lleno a esta su devoción favorita, que la mayor complacencia suya consistía en convencer a su entendimiento de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía con las siguientes palabras: *Veo vino, y creo que es la Sangre del Cordero de Dios; gusto el sabor de pan, y creo que es la verdadera Carne de mi Salvador.*

Mas luego que se puso bajo la dirección de San Francisco, aprendió del Santo a simplificar su símbolo y recitar cortos y fervorosos actos de fe, demostrándole aquel Prelado ilustre que la fe más sencilla y humilde era también la más sólida y agradable a los divinos ojos.

Diariamente repetía la sierva de Dios, al fin del Evangelio de la Misa, el Credo y el *Confiteor*; y un día, exhortando a sus religiosas a practicar la misma devoción, exclamó: *¡Pero, Dios mío de mi alma!, ¿qué necesidad tenemos nosotras de humillarnos cuando ni por sueños siquiera se nos juzga dignas de confesar la fe delante de todos los tiranos de la tierra?*

Un espíritu parecido fué el que movió a San Felipe a levantarse una noche en el Oratorio, lleno todo de agitación y de espanto, recordando que lo que había dicho a sus oyentes el predicador de la tarde de aquel día podría acaso haberles dado una idea favorable del instituto, y prorrumpió en estas sentidas expresiones: *¡No hay motivo para vanagloriarse! Nada somos nosotros; ningún individuo de la Congregación ha derramado todavía su sangre en defensa de la fe.*

Santa Juana Francisca había asimismo escrito ciertas sentencias en las paredes de su celda, habitación que después fué destinada para noviciado; y en la pared, debajo del Crucifijo, puso el versículo siguiente del Libro de los Cantares: *Sentéme debajo de la sombra de mi Amado, y su fruto fué dulce a mi paladar.*

Rogándole una hermana suya de comunidad que tuviese la dignación de decirle por qué ponía esta sentencia en aquel lugar. *Para estar frecuentemente, le replicó, haciendo actos breves y sencillos de fe; porque si bien la fe es en sí misma una clara luz para la razón humana, es, no obstante, una sombra, y quiero que mi razón se siente a descansar bajo la sombra de la fe, la cual me manda creer que Aquel que con tanta ignominia está clavado en la Cruz es el verdadero Hijo de Dios.*

Declaró igualmente en otra ocasión que siempre que contemplaba el Crucifijo tenía la intención de que la simple mirada suya fuese un acto de fe semejante al del Centurión, quien, dándose golpes de pecho, decía: *Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios.*

La misma Santa reveló un día en confianza a cierta persona, que, aun viviendo en el mundo, se había Dios servido comunicarla luces inefables acerca de la pureza de la fe, manifestándole al propio tiempo que la perfección de nuestra inteligencia, acá en la tierra, consiste en su cautiverio y sumisión a las verdades obscuras de la fe; que sería iluminada dicha potencia con esplendorosas claridades de vivísima luz a medida que fuese más humildemente rendida a

las obscuridades de los dogmas divinos; que siempre había ella *detestado aquellos sermones* en los cuales se intentaba probar por la razón, natural el misterio de la augusta y adorable Trinidad y los otros artículos de nuestra fe; que no debía el fiel cristiano buscar en los dogmas ninguna otra razón sino aquella única, soberana y universal razón, es a saber, que Dios los ha revelado a su Iglesia.

Así es que nunca se cuidaba de oír hablar de milagros, revelaciones, etc., en confirmación de la fe, y no raras veces ordenó que pasasen por alto semejantes motivos de credibilidad cuando leían en el refectorio las *Vidas de los Santos* o los *Sermones* sobre las festividades y misterios de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen María.

Parecíase en esto al gran rey San Luis de Francia, quien llamado en una ocasión a su capilla privada para que viese cierta especie de milagro que había tenido lugar durante la Misa, rehusó el ir, diciendo que él, gracias a Dios, creía en el Santísimo Sacramento del Altar; que no aumentarían su fe en tan soberano misterio todos los milagros del mundo, y que no quería ver a Jesús con los ojos de la carne, no fuese caso que perdiese la especial bendi-

ción que el Salvador prometiera a aquellos que no vieron y, no obstante, creyeron.

Tenía igualmente Chantal la costumbre de repetir a sus religiosas las siguientes palabras: *¿Qué tenemos nosotras que ver, hijas mías, con pruebas, milagros y revelaciones, a no ser para bendecir y glorificar a Dios nuestro Señor, que en su infinita misericordia se ha dignado proveer de semejantes auxilios a aquellos que los necesitan? Bástanos saber que Dios nos ha revelado, por mediación de su Iglesia, todo cuanto es necesario para nuestra felicidad temporal y salvación eterna.*

Cuando escribió las meditaciones para los ejercicios espirituales, extractadas de los escritos de San Francisco, compuso una sobre el beneficio inestimable que Dios nos ha otorgado haciéndonos hijos de la Santa Iglesia católica, cuya meditación había escrito en pliego separado, y declaró a sus religiosas que no había apartado su mente de dicha meditación durante los dos primeros días de su retiro espiritual.

Leía las Santas Escrituras con licencia de sus superiores; pero entre todos los libros divinos, el más favorito de este Código sagrado era el de los *Hechos de los Apóstoles*; imposible es

decir las veces que leyó y releyó, relatando su contenido a la comunidad cada día con nuevo fervor, y no parecía sino que siempre que les hablaba de la primitiva Iglesia anunciábales cosas que nunca antes habían oído.

Cuando supo que su hijo había muerto en la isla de Rhe combatiendo contra los ingleses, postróse en tierra, cruzadas las manos, los ojos levantados al cielo, y exclamó: *Concéde-me, Señor y Dios mío, concédemel licencia para hablar y dar rienda suelta a mi dolor; y ¿qué diré, Dios mío de mi alma, sino rendiros gracias por la honra singular que me habéis hecho llevándome a mi único hijo mientras estaba combatiendo en defensa de la Iglesia romana?*

Y tomado luego un crucifijo en sus manos, le besaba y decía: *Acepto este cáliz amargo, Redentor mío, con la más profunda sumisión posible, y ruégoos que recibáis a ese hijo de mis entrañas en los brazos de vuestra divina misericordia.*

Apenas acabó esta plegaria, apostrofó a su hijo con estas sentidas palabras: *¡Oh hijo mío querido!, ¡qué dicha la tuya haber sellado con tu sangre la fidelidad nunca desmentida que tus abuelos profesaron siempre a la Santa Iglesia!*

sia romana! ¡Y créome en esto muy feliz, y doy gracias a Dios porque me ha cabido la suerte incomparable de ser tu madre.

SECCIÓN 5

Acción de gracias, después de la Misa y Comunión

10. Pero todavía existe una práctica de gracias que debe entrar con todas las otras devociones de agradecimiento, juntándose a ellas: devoción, digámoslo así, de lágrimas, más bien que de palabras, la cual consiste en dar rendidas gracias a Dios nuestro Señor por el adorable sacrificio de la Misa y real presencia de Jesús sacramentado en su Iglesia.

Pero no solamente el beneficio inestimable del sacrificio augusteo del Altar es quien reclama continuas acciones de gracias, ni tampoco el inefable amor e indecible condescendencia que envuelve semejante misterio, sino más bien el gozo celestial y divino que se experimenta viendo que ahora, al menos, se ofrecen a Dios gracias infinitas dignas de su grandeza soberana.

En efecto, ya no tenemos necesidad de sentarnos a las orillas de los caminos del mundo gimiendo y llorando porque la Divina Majestad no es reverenciada, alabada y glorificada cual se merece, pues que una sola Misa es una alabanza infinita al Rey de la gloria, y apenas se pasa un momento del día y de la noche en que no se celebre tan augusto sacrificio, así en nuestro hemisferio como en el de nuestros antípodas.

El Santísimo Sacramento sé halla en todas las iglesias del orbe católico, ora en las que concurre una inmensa muchedumbre de fieles, ora en aquellas que se ven enteramente desiertas y abandonadas; y doquiera se encuentre Jesús sacramentado, allí se rinden al Eterno infinitas alabanzas, dulces adoraciones e indecibles acciones de gracias.

La función especial de la Santa Misa consiste en la Eucaristía, esto es, en el culto de acción de gracias; así es que la simple criatura, por medio del Santísimo Sacramento, puede ofrecer al Altísimo un acto de adoración más excelso y sublime que aquel que pudiera ella haberse imaginado jamás, porque es imposible que la criatura tribute y pague a su Creador un homenaje más soberano como recibién-

dole real y verdaderamente en el augusto misterio del Altar.

¡Oh qué dulce reposo no siente el alma al ocuparse en tan tiernos pensamientos! ¡Cuántas querellas secretas no podemos apaciguar con tan suaves recuerdos! ¡Cuántas inquietudes altaneras contra nuestra propia pequeñez y ruindad, contra nuestros bajos deseos y contra nuestra imposibilidad para amar a Dios cual debe ser amado no podemos sosegar y calmar con el dulce embeleso de semejantes maravillas y grandezas del divino amor! ¡Loor eterno a Jesús, que es todo para nosotros! ¡Gloria y alabanza a nuestro Salvador adorable, de quien nos viene todo cuanto apetecemos por muy extraños medios y sendas las más inconcebibles!

¿No tenemos, pues, sobrada razón para afirmar que amamos a Dios dignamente, y que le adoramos con adoraciones propias de su grandeza soberana, siendo Jesús nuestro amor y nuestra adoración? ¡Oh cuán dichosos somos, inmensamente dichosos, con las inefables larguezas y divinas misericordias de nuestro Jesús dulcísimo!

No parece sino que es mayor consolación el deberlo todo a Jesús, que el adquirirlo, a ser

posible, a costa de nuestra propia cosecha; y he aquí por qué no hay placer en la vida presente que se iguale al sentimiento de la multiplicación y reduplicación de nuestros deberes para con nuestro Señor adorable.

Cuanto mayores sean nuestras deudas, tanto mayor será nuestro gozo; cuanto más complicadas y enmarañadas nuestras obligaciones, más alegre y risueña será nuestra libertad; el conocimiento de que por toda la eternidad no satisfaremos la deuda del amor que Jesús nos profesa, y la seguridad de que siempre existirá en nosotros la misma imposibilidad de pagarle cuanto le debemos, es el mayor gozo de los gozos.

Mientras tanto, gracias, un millón de gracias y loores sean dados a Jesús. Salvador nuestro, por su dignación en ofrecer por nosotros al Dios omnípotente alabanzas, adoraciones y acciones de gracias inefables, soberanas, infinitas como el mismo Rey de la majestad.

Quizá estas finezas de Jesús contribuyan grandemente a que nos formemos una idea cabal de cuán lejos estamos de corresponder agradecidos a nuestro Señor dulcísimo, y cuán grande ha sido la distancia para llenar la obligación del hacimiento de gracias.

Cualquiera que sea el juicio que uno pueda haberse formado sobre los métodos particulares para ejercitar la devoción del agradecimiento practicados por los Santos o sugeridos por los escritores espirituales, la Iglesia toda entera conviene, sin embargo, en la utilidad y necesidad de una devoción especial de gracias para después de la Comunión.

Si hay algún momento en la vida del hombre para el agradecimiento a las divinas larguezas en el cual tenga la lengua que enmudecer, es ciertamente aquel en que el Creador se digna abrumar a su criatura con el don estupendo de darse a sí mismo en mantenimiento y de hallarse realmente morando dentro de nuestro pecho.

Así es que aconsejan los escritores espirituales que no abramos libro alguno en los primeros instantes después de haber comulgado, empleando tiempo tan precioso en dulces colloquios con Jesús Señor nuestro, que no poco seguramente tendremos que contarle; y aunque así no fuese, no por eso dejará Él de hablarnos alguna cosa en el silencio profundo de nuestro corazón, siempre que nosotros queramos escucharle.

Pero ¿qué es lo que pasa en realidad cuando el Señor se digna sentarnos a su divina

Mesa? Si el fervor y regularidad de nuestro hacimiento de gracias después de la Comunión fuese el termómetro del amor que profesamos a Jesús, ni una sola centella de ese fuego sagrado se mantendría entonces viva en el fondo de nuestro endurecido corazón.

En efecto, para no pocos de nosotros difícilmente exista un cuarto de hora de la vida que nos sea más enojoso y de todo punto inútil que aquel que consagramos a dar, según decimos, infinitas gracias a Dios nuestro Señor después de haber comulgado; ¡nada tenemos que contar a nuestro Jesús adorable! ¡Nuestro corazón permanece insensible a tan regaladas caricias a pesar de ser el don recibido el más excelente que pueda otorgársenos durante toda nuestra vida mortal!

Cada vez que uno comulga, desenvuélvese semejante prodigo ante nuestros ojos en lóbrega obscuridad, tomando dicho favor gigantescas proporciones, al propio tiempo que nuestra tibiaza y desagravamiento transforman la continuación de la entrañable caridad divina en una maravilla grandemente singular y extraña.

¡Hospedádose ha dentro de nuestro pecho
Aquel que ha de ser nuestro gozo sempiterno

en la gloria del Cielo, y nada tenemos que decirle!, ¡y nos produce cansancio su dulce compañía!, ¡y es una consolación no pequeña para nuestro espíritu cuando creemos que se ha ido!

Fuimos para con Él ciertamente urbanos y corteses, y le pedimos su bendición como a nuestro superior; es decir, que todas nuestras consideraciones y tratamientos hacia tan cariñoso huésped redujérонse a meras atenciones de buena crianza, o cuando más a simples respetos de un vasallo para con su Rey y Señor.

Inútil es, pues, el exhortar a los hombres que adopten diferentes prácticas de acciones de gracias, supuesto que la visita que el mismo Señor se digna hacerles en persona apenas consigue de ellos que ejerciten una solamente; no parece sino que la acción de gracias no tiene más que una sola mansión sobre la tierra, y que hasta este dominio suyo va siendo cada día más precario.

Y menos mal si semejantes acciones de gracias, llenas de tibieza y frialdad, nos hicieran comprender siquiera el escaso interés que tomamos por Jesús; así como el apreciar de que sería la religión de nuestro gusto recibir la gracia sin tomarnos la molestia de recibir a su Autor en el augusto Sacramento.

¡Oh adorable Señor sacramentado!, y conociendo Tú esta nuestra mala correspondencia al beneficio inestimable que tienes la dignación de otorgarnos, dándote en manjar y bebida de nuestras almas, ¡que todavía hagas asiento en el tabernáculo!, ¡que todavíaquieras servirnos el dulce y regalado plato de tu sagrado Cuerpo y Sangre preciosísima!

Pero diréis vosotros: «Dura cosa es, ciertamente, el abandonarnos así en situación tan angustiosa cual parece ser la nuestra, según auguran esas vuestras expresiones de desenfado y más o menos amargas que habéis tenido la amabilidad de dirigirnos. Pues si nuestras acciones de gracias son tan defectuosas; propóngansen los medios para mejorarlas, que acaso tratemos de ponerlos en ejecución para el logro de semejante fin.» Bien: veamos, pues, qué nos enseñan los libros espirituales acerca del particular.

Parécmeme que existen pocas dificultades más universalmente sentidas que la de una buena acción de gracias después de la Comunión.

Ya dije arriba que los escritores espirituales recomiendan que, al menos en los primeros minutos después de haber comulgado, no

se abra libro alguno, por más devoto que sea; asegurándonos que si la gracia tiene ciertos momentos solemnes, críticos y decisivos en la vida del hombre, son, a no dudarlo, aquellos que van sucediéndose mientras Jesús permanece sacramentalmente presente en nuestro corazón.

La gran maestra y doctora de la acción de gracias después de la Comunión es la insigne española Santa Teresa de Jesús; el ahínco con que insiste en hacer resaltar maravillosamente las grandezas y excelencias de tan piadosa devoción; la frecuencia con que vuelve una y otra vez a ocuparse en el mismo asunto; los consejos prácticos llenos de sabiduría que da acerca de la manera como hemos de ejercitarnos en ella para que sea grandemente provechosa a nuestras almas, vienen a constituir uno de los rasgos más notables de su enseñanza celestial y divina.

Santa Teresa fué, en efecto, *MADRE de la Iglesia*, como la llama un escritor francés; toda la materia relativa a la acción de gracias después de la Comunión forma una de sus más características y sabias lecciones de ciencia espiritual; creyéndose igualmente (así al menos lo aprendió por experiencia uno de los

panegiristas más entusiastas de la sierva de Dios) que esta española ilustre goza de un especial favor del Cielo para hacer aprovechar a los hombres en la dulce práctica de acción de gracias después de la sagrada Comunión, cuyo aprovechamiento es de importancia incalculable para toda la vida espiritual.

Una buena y metódica acción de gracias después de la Misa y Comunión obraría ciertamente la más completa, rápida y eficaz reforma del clero, al propio tiempo que movería a los seglares a comulgar más a menudo, aparejándoles para que aprovechasen más y más cada día en la virtud, con la frecuencia en recibir la sagrada Comunión.

Si, pues, nuestros hacimientos de gracia son ruines y despreciables, rogad encarecidamente a Santa Teresa que os alcancé del Señor la gracia de hacerlos bien; cuyos efectos de don tan singular, que ella os procure, los sentiréis sensiblemente dentro de vuestra alma.

Toda la eternidad no es bastante larga para alabar debidamente a Dios por una sola de sus más livianas mercedes que haya tenido la dignación de concedernos, y serían necesarias innumerables eternidades para pagarle el beneficio inestimable que nos dispensara, dán-

dono, así a nosotros como a su Santa Iglesia, la *Seráfica Madre Santa Teresa de Jesús*.

San Alfonso y otros escritores de ciencia espiritual no han temido asegurar que una sola Comunión bien hecha es suficiente para disponer al hombre a la canonización y a que se le coloque sobre los altares; que la acción de gracias es el tiempo precioso en que el alma se apropiá la abundancia de las divinas larguezas, y se embriaga en las fuentes de la luz y de la vida.

El consejo de San Felipe acerca del particular está respirando aquella exquisita sabiduría que tanto resplandece en los documentos espirituales de este varón insigne; recomiéndanos, pues, que, si hemos tenido la meditación antes de la Misa, no derramemos el espíritu después de haber comulgado, discurriendo otras nuevas consideraciones, sino que continuemos aquel pensamiento que inspiraran en nuestra alma una suave unción celestial y divina durante nuestra meditación, y así es como evitaremos malgastar malamente no poco tiempo en nuestra acción de gracias, ora devanándonos los sesos en busca de un asunto particular, o bien afanándonos, por no saber, entre tantas cosas como tenemos que decir al Señor, cuál sea la

primera por donde debemos comenzar, aviso excelentísimo que está enteramente conforme con todos los otros documentos fáciles y gustosos del Santo en cosas espirituales.

Quisiera este siervo de Dios que fuese tal nuestra familiaridad con el Señor nuestro Creador y Padre amorosísimo; que en cualquier visitación suya inusitada e imprevista que tuviese la dignación de hacernos, propusiésemos la actividad menos perfecta de Marta al reposo y unión de María su hermana; y he aquí el espíritu que animaba a varón tan insigne al aconsejar a los Padres de su Congregación que no tuviesen hora fija para decir la Misa, sino que fuesen a celebrarla cuando el sacristán les llamase.

Pero muchas personas que viven en medio del mundo no pueden tener una meditación formal y metódica antes de la sagrada Comunión, y no pocas otras practican la oración mental de diferente manera, ejercitando la oración llamada afectiva, en la cual obra más bien la voluntad que el entendimiento; y semejantes sujetos no raras veces se encuentran embarazados, no sabiendo cómo volver a seguir el hilo de su oración después que han recibido el Pan de los Angeles.

Otras personas igualmente, en particular aquellas que, si bien profesan una especialísima devoción al Santísimo Sacramento, no pueden, sin embargo, lisonjearse de una habitual unión con Dios, ven por experiencia que la recomendación de San Felipe no es acomodada al espiritual aprovechamiento de sus almas y, en consecuencia, tienen que consagrar aquellos momentos a la meditación sobre el Santísimo Sacramento y real presencia de Jesús dentro de, su corazón.

Atendidas, pues, todas estas circunstancias, y considerando al propio tiempo así la dificultad como la importancia de una buena acción de gracias después de la Comunión, no me parece inoportuno proveer a mis lectores de abundantes materiales para el hacimiento de gracias después de haber comulgado, presentándoles a este objeto un análisis del método recomendado por Lancisio, y copiado por este mismo escritor en dos diferentes tratados tuyos espirituales.

Pero no se vaya por eso a creer que mi ánimo sea aconsejar a nadie semejante método, tal como se halla en el autor citado; es demasiado largo y bastante minucioso: y paréceme que raro habría de ser el caso en que no entibiase la devoción con la multiplicidad

de actos que envuelve; el corazón debe jugar holgada y libremente, y todas sus funciones y ejercicios han de ser asimismo lo más simplificados que sea posible.

Mi intención; pues, como llevo indicado, al trasladarle a la presente obrita, no es otra que proveer de materiales, ya que dicho método es una especie de rica mina en la cual pueden abastecerse las personas de diferentes gustos, y hasta unos mismos sujetos, según las ocasiones y circunstancias, de pasto espiritual para la reflexión, como para el ejercicio de las aspiraciones, pues que abunda en pensamientos profundos y sublimes.

1.^º Los actos que, según el P. Lancisio, deben seguir inmediatamente después de haber comulgado, son de humillación. Humillémonos profundamente delante de Dios, Rey de reyes, por su dignación en venirnos a visitar siendo un Señor tan lleno de majestad y grandeza; ponderando: 1.^º, los pecados de nuestra vida pasada; 2.^º, nuestras actuales imperfecciones y criminal flojedad y tibieza; 3.^º, la ruindad de nuestra naturaleza comparada con la Divinidad excelsa de Cristo; 4.^º, las perfecciones de la naturaleza divina y humana de nuestro Señor sacramentado.

2.º Ahora vienen los actos de adoración. Adoremos: 1.º, a la Trinidad Beatísima en el misterio augusto del Altar,-. 2.º, adoremos a la Sacratísima Humanidad de Jesús; realmente presente en nuestro corazón y en las innumerables iglesias donde se halla reservado el Santísimo Sacramento, regocijándonos en el culto y adoraciones que le están los fieles actualmente ofreciendo en oloroso holocausto, gimiendo y llorando los ultrajes, y quizá hasta blasfemias, con que los hombres le ofenden en su propia casa; 3.º, adoremos con rendida adoración el Alma inmaculada dé Jesús sacramentado, rica-mente engalanada con los vistosos ornatos de la santidad, y hermosamente ataviada con los brillantes aderezos de todos los merecimientos, y aquel antiguo, constante, copioso y abrasado amor que nos profesa; 4.º, adoremos igualmen-te, con el corazón hincado en la tierra, el Sacratísimo Cuerpo de Jesucristo, por haberse dignado sufrir los amargos y crueles tormentos para nuestra salvación, hasta el punto de ser en-clavado en una cruz; y abrazándole dulcemente dentro de nuestro corazón, imprimámosle mil besos espirituales en aquellos de sus miembros castísimos que padecieron mayores dolores con los golpes y las heridas...

SECCIÓN 6

Reflexiones prácticas sobre el mismo asunto

Pero ya creo que es hora de hacernos las importantes preguntas siguientes: ¿Cuál ha sido hasta aquí nuestra conducta relativa al cumplimiento del deber de la acción de gracias en general? ¿Cuál es nuestro sentimiento habitual acerca de los innumerables beneficios divinos que se nos han otorgado? ¿Cuánto tiempo hemos empleado, aun durante nuestros ejercicios espirituales y otros días de retiro, en contar las divinas larguezas que el Señor, ha tenido la dignación de concedernos a manos llenas?

Aconséjanos sabiamente San Ignacio que comencemos todos los días nuestro examen de conciencia contando las misericordias de Dios y dándole luego por ellas infinitas gracias; ¿hemos guardado fielmente siquiera esta pequeña práctica de devoción y agradecimiento?

No pocas personas llegan a consagrar ciertas horas del día al cumplimiento de diferentes deberes espirituales: ¿hemos dedicado nosotros algún breve rato á la acción de gracias?

Muchos otros cristianos conservan asimismo, en su devocionario, una notita de aquellas

cosas y personas por quienes tiene intención de rogar: ¿guardamos nosotros una minuta parecida de los beneficios por los cuales, deseamos rendir diariamente las debidas gracias a nuestro Padre celestial?

¡Cuántas veces, para alcanzar algún especial favor del Cielo, nos hemos estado ase-diando el trono de la gracia, durante semanas enteras, con padrenuestros, avemarías, misereres, memorares, rosarios, comuniones y hasta penitencias! ¿Cuál es, pues, y en qué proporción ha estado nuestro hacimiento de gracias con las súplicas que elevamos a los pies del Rey de la majestad, luego que el Señor tuvo al fin la dignación de condescender, benigno, a nuestros ruegos importunos?

¿Cuánto tiempo gastamos entonces en la práctica del agradecimiento por el beneficio recibido? ¿En qué consistió semejante ejercicio? ¿Con qué nuevo fervor y aumento de amor divino iba acompañado? ¿Redújose acaso a un solo *Te Deum*, a un simple y atropellado *Deo gratias*, lanzándonos en seguida precipitada y descortésmente a tomar afanosos el don que Dios nos ofrecía, arrancándoselo, digámoslo así, de sus benditas manos, cual si fuese un salario, para no volvemos después a acordar

jamás de semejante dádiva graciosa, conten-tándonos con aquel general y vago afecto de agradecimiento que tuvimos al tiempo de re-cibirla?

Sobrados motivos, ¡ay!, existen ciertamen-te para avergonzarnos de esta nuestra mala co-rrespondencia a los beneficios divinos; porque lejos de abrigar en nuestro corazón un espíritu constante de gratitud, un vivo y perpetuo re-cuerdo de las misericordias divinas, una regu-laridad amorosa y no interrumpida en nuestras adoraciones y sacrificios de acción de gracias continuamos esperando que el Espíritu Santo toque por sí mismo nuestra voluntad con el sen-timiento íntimo de nuestras obligaciones para con Dios, y con la conciencia de nuestra depen-dencia hacia su divina Majestad, cruzándonos, digámoslo así, de brazos, hasta después que aquel Espíritu consolador ha desempeñado se-mejante ministerio; y aun así correspondemos fríamente a su divino llamamiento, por manera que dejamos a cargo suyo que Él supla nuestro agradecimiento, cuando debiéramos nosotros ofrecérselo de muy buena voluntad y con gene-roso y abundante amor divino.

Verdad es qué nunca podremos anticipar-nos a sus divinos auxilios, ni siquiera para con-

cebir un solo pensamiento bueno; y así, nuestra falta está únicamente en no corresponder a su primer toque o llamamiento, aguardando a que nos obligue por una fuerte presión interior.

Si un hermano nuestro se portase con nosotros según nos conducimos con nuestro Dios y Señor, de seguro que no hallaríamos expresiones con qué ponderar la bajeza de semejante conducta, indigna de un alma, verdaderamente agradecida.

Responded, pues, con la mano puesta en el corazón a vuestro Angel de la Guarda, y decidme luego si todavía creéis que exageraba al aseguraros que la desproporción entre el hacimiento de gracias y la oración es uno de los fenómenos más espantosos de la naturaleza.

Y bien: ¿cuál es la causa de semejantes anomalías? Impórtame muy poco repetirlo una y mil veces, hasta el punto de que llegue a causaros fastidio el leerlo, si yo consigo grabarlo profundamente en vuestra memoria. La causa, digo, de conducta tan extraña no es otra más que nuestra perversa obstinación en rehusar mirar a Dios como a nuestro Padre.

Prescindiendo de la culpa manifiesta, difícilmente existe una sola miseria de la vida que no proceda de esas severas, tétricas y rui-

nes nociones que nos forjamos en nuestra mente acerca de Dios nuestro Señor: he aquí, pues, la raíz del mal.

Así es que si deseáis de todas veras ser muy otros de lo que sois, menester es que la aplaqueís luego la segur; cualquier otro medio no curará vuestras dolencias espirituales, a pesar de vuestra meditación, examen de conciencia, rosario, etc., según ya tantas veces lo habéis experimentado.

En efecto: ¿cuántos sujetos no estamos viendo ejercitarse diariamente con admirable constancia en la práctica de la meditación, sin que hayan logrado adelantar un solo paso en el camino de la virtud, ni enfrenado sus malas pasiones, ni suavizado su carácter agreste y desabrido? Tienen el hábito, no el don, de la oración.

En su consecuencia, bien podéis hacer cuantas penitencias os agraden, que, lejos de inflamaros en el fuego de un puro y sincero amor de Dios, endurecerán vuestro corazón con el engaño de una humildad llena de vanagloria, y los mismos Sacramentos funcionarán en vuestras almas únicamente cual máquinas descompuestas.

Ora os lamentéis de vuestro escaso aprovechamiento en la vida espiritual; ora deploreís

con lágrimas amargas la ausencia de toda devoción sensible; bien os angustie vuestra incapacidad para formar y cumplir resoluciones generosas; que os apesadumbren aquellas molestas reincidencias en imperfecciones indignas de un verdadero cristiano; ya os desconsuele la falta de reverencia en la oración, o la dureza y desabrimiento con que os atrevéis a tratar a vuestros prójimos, semejantes defectos, tenedlo bien entendido, casi siempre nacen de aquellas severas nociones que os habéis formado de Dios nuestro Señor, y, por tanto, si deseáis de todas veras cambiar de vida, menester es que arranquéis de cuajo dichas ideas acerca de la Divinidad; que cultivéis un afecto filial hacia tan cariñoso Dueño; que pidáis con vivas ansias al Espíritu Santo el don de *piedad*, cuyo oficio especial consiste en producir en el alma de los cristianos semejante afecto devoto; que vuestro culminante y primordial concepto sobre Dios sea de aquel Señor *de quien procede toda la paternidad que existe en el cielo y en la tierra*; que recordéis que el espíritu de Jesús es el único espíritu verdadero, y el espíritu de adopción por el cual clamamos *Abba, Padre*.

Jamás, repito, lograréis llevar una vida verdaderamente cristiana mientras vuestras

nociones de Dios como Padre amoroso no desvanezcan todas las otras nociones que de Él os habéis formado, o a lo menos hasta que estas últimas no se encuentren colocadas en subordinación armoniosa con las primeras, que es lo que constituye la esencia, el alma del Evangelio y la vida misma de las enseñanzas de nuestro Salvador adorable; no podía un hombre hacer obra más excelente que consagrar toda su vida al apostolao de esta única idea: la paternidad compasiva de Dios.

En materia de progreso espiritual, nuestros intereses se identifican con la gloria divina; y ved aquí otra nueva invención de la caridad ingeniosa del Creador hacia los hombres que inspirará en nuestro ánimo mayor afición a la práctica de la acción de gracias, considerando los beneficios que desde el punto de vista espiritual nos resultan de semejante ejercicio piadoso.

El adelantamiento en la santidad no es más que el descenso continuo, sobre nuestras almas, de aquellas gracias que coronan todo acto de correspondencia por nuestra parte a las gracias anteriormente recibidas.

Y nada hay, a juicio nuestro, que tanto multiplique en nosotros las gracias, ni que con

más eficacia mueva a Dios a abrirnos de par en par las puertas de sus riquísimos tesoros, como la práctica devota de la acción de gracias.

Pero no es ésta la única ventaja que nos ofrece el hacimiento de gracias para alcanzar la santidad: es menester que tomemos asimismo en cuenta los efectos maravillosos que se mejante devoción produce sobre nuestras almas; no pocas personas se afanan por adelantar en el camino de la virtud, mas no parece sino que una especie de mano oculta las estorba el paso; porque el hecho es, y no lo conocen siquiera que jamás han llegado a convertirse enteramente a Dios; permanecieron muy poco tiempo en la vía purgativa de la virtud cristiana; regatearon con Dios los servicios que de justicia le son debidos; se reservaron ciertos alejamientos poco agradables a los divinos ojos, o desearon despojarse de los hábitos viciosos floja y gradualmente, para de esta suerte evitarse la molestia de una pronta y eficaz conversión.

Ahora bien: la acción de gracias, suave, pero imperceptiblemente, cambia nuestra religión en un servicio de amor; indúcenos a mirar todas las cosas desde el punto de vista

divino; a ponernos del lado de Dios, aun contra nosotros mismos; a identificarnos con sus intereses hasta cuando parece que se hallan en abierta oposición con los nuestros; a romper, en su consecuencia, más eficazmente con el mundo, renurciando de lleno a todas sus pompas y vanidades; a profundizar hasta el origen y raíz del conocimiento de nuestra propia vileza, la cual es peor todavía que la misma nada en la presencia de Dios; y ¿qué es todo esto sino hacer nuestra conversión más total y completa?

Ni es menor el efecto de la acción de gracias sobre nuestro adelantamiento en la santidad; todo progreso en la vida espiritual nace del amor, y el amor es, al mismo tiempo, causa y efecto de la acción de gracias.

Lo que el aire y la luz son a las plantas, eso es a las virtudes la presencia de Dios; y la práctica de la acción de gracias es la que hace casi habitual en nuestras almas semejante presencia sensible de Dios, porque continuamente está excitándonos a contemplar las misericordias divinas, que de otro modo no hubiéramos notado, y colocándonos en disposición más conveniente para apreciar su valor, sondeando algunos grados el abismo inconmen-

surable de la condescendencia de Dios, fuente inagotable de dichas bondades para con los hombres.

Muévenos, además, el ejercicio de la acción de gracias a lamentar, con lágrimas amargas, la ausencia de semejante devoción en nuestros hermanos, cuya aflicción y tierno llanto mantienen nuestro amor de Dios en toda su delicadeza y sensibilidad, y engendran en nuestra alma aquel dulce espíritu de reparación, especial prerrogativa del adelantamiento en la santidad.

Se dilatan los senos de nuestro corazón mientras estamos engrandeciendo a Dios, dilatación que nos solicita a correr con ligereza por el camino de los divinos mandamientos, que antes andábamos solamente a paso lento y como a remolque.

Sentimos asimismo dentro de nosotros una fuerza secreta para vencer los obstáculos que se nos ponen delante, para desvanecer y menospreciar toda suerte de temor; una completa libertad de espíritu en el bien obrar, que anteriormente no solíamos sentir.

Y todo esto es porque la acción de gracias nos ha hecho medir la altura inconmensurable de la bondad infinita de Dios y la profundidad

de nuestra vileza, y así, nada nos parece demasiado, nada difícil y grandemente penoso cuando en ello está interesada la gloria del Altísimo; como Areuna, en el tiempo de la pestilencia, ofrecemos al Rey de la majestad ricos presentes, cual suelen hacerlo con nosotros los monarcas de la tierra, esto es, con profusión y a manos llenas, pues, nuestros corazones ciñen la brillante corona de la acción de gracias.

Yerran, pues, gravemente todos aquellos que menosprecian las consolaciones y felicidad que se experimentan en la religión, el gozo en los divinos servicios, la dulzura en la oración, la suavidad y alegría en la mortificación y los regalos en la devoción. Verdad es que cuando Dios rehusa a los fieles semejantes recreaciones espirituales, ciertamente que no siempre lo hace por estar airado con ellos, o en castigo de alguna maldad.

Y cualquiera que sea la causa que mueva al Señor a privarnos de dichas consolaciones, nuestra principal obligación es resignarnos humildemente a su dulce aunque inescrutable voluntad divina; pero esto no impide que todas las consolaciones susodichas sean instrumentos muy eficaces para la santidad y la perfección, y en su consecuencia, que no puedan

desearse y codiciarse ardientemente, si bien con espíritu humilde y rendido.

¡Cuántas veces no sucede que personas que no gozan de ninguna dicha en la religión, que están continuamente viviendo en sequedad de corazón, privadas de las dulzuras y consolaciones espirituales, llegan a caer en un desmayo o desfallecimiento tal, que no parece sino que todo lo van abandonando; hasta descuidar el mismo cumplimiento de sus más sagradas obligaciones!

Aun durante la Misa y las grandes solemnidades de la Iglesia, un tupido velo cubre tan fuertemente el corazón de semejantes sujetos, que ni la música, ni la magnificencia y esplendor del culto, ni la real presencia de Dios son capaces de penetrar ni causar en Él la más ligera commoción; los beneficios divinos les son tan enojosos, como los castigos para la generalidad de los mortales; la oración es una penitencia, la confesión un tormento, la comunión un verdadero suplicio; aquello que Dios bendice por amor suyo, les desazona como una úlcera; lo que Él llena de dulce paz, les incomoda; no apetece ninguna otra luz más que la lobreguez de su perversa extravagancia, ni gustan oír otra canción que la de su mal humor y propia ridiculez.

Indagad, pues, si han poseído alguna vez semejantes personas un espíritu de acción de gracias, y habréis entonces exactamente dado con el hilo de la dificultad; acaso sean convertidos a la santa fe católica quienes obedecieron a la gracia de la vocación con cierta repugnancia; que cuando entraron en el gremio de la Iglesia verían dificultades por todas partes, desde el Papa y Cardenales, hasta el último fiel de la cristiandad; que doquiera les rodearían males imaginarios sin cuenta; que de todo criticaban, que nada les parecía bueno, que todo en la Iglesia era, en fin, para ellos desabrido, vulgar, monótono, prosaico.

Así es que, sea por lo que sea, estos infelices convertidos han sido verdaderamente unos desgraciados desde el principio de su conversión: ¿y por qué? Encerrados en si mismos, llenos de amor propio, no buscando más que consolaciones, y hambrientos de simpatías, difícilmente han caído alguna vez de hinojos, cual niños inocentes y candorosos, a los pies del trono de Dios, para darle gracias por el milagro de amor que Él obrara en favor suyo introduciéndoles dentro del seno de la verdadera Iglesia, donde al presente se encuentran viviendo.

Un corazón agradecido hubiera recibido gozosa y alegremente todas esas dificultades, propias de principiantes, esto es, de su nueva situación y género de vida, como una penitencia merecida de justicia por la dureza de su corazón, que tanto dió que hacer a la gracia y tan heroicos esfuerzos le ha costado, para ver de ablandarle durante todo el proceso de la conversión.

Pero semejantes personas fueron desagradadas, y así es como no son felices y dichosas en la religión: demos rendidas gracias a Dios por ser tan escaso el número de tales sujetos. Ved aquí, pues, en todo cuanto acabamos de exponer, otro punto que debe tenerse muy en cuenta: la felicidad en la religión nace del espíritu de acción de gracias.

Expliquemos ahora en dos palabras cómo por medio de la devoción de acción de gracias debemos ejercitar los tres instintos o caracteres de los Santos, es decir, promover la gloria de Dios, fomentar los intereses de Jesús y procurar la salvación de las almas.

Primeramente, la gloria de Dios. —Nuestro Dios y Señor, en sus entrañas de misericordia, ha querido que su gloria inefable dependa en gran parte de las alabanzas y acciones de

gracias de sus criaturas; la acción de gracias fué uno de los fines que le movieron a crear-nos.

Así es que no hay cosa alguna que más contribuya a defraudar la gloria del Altísimo que la negligencia y olvido de la acción de gracia; y consiguientemente, nada hay asimis-mo que Él anhele con tan vivas ansias de sus fieles siervos como la reparación de semejan-te ultraje con que le están ofendiendo no po-
cos hijos ingratos en todos los instantes del día y de la noche: porque es imposible tributarle con devota atención las debidas acciones de gracia sin que al propio tiempo estemos pro-moviendo su mayor honra y gloria.

Ya llevo dicho que el gozo resulta de la acción de gracias; y el espíritu de gracias, no sólo parece que acompaña al gozo, fruto espe-cial del Espíritu Santo, sino que se manifiesta claramente en todas aquellas devociones que tienen alguna relación con el gozo.

En efecto; aquellos que han profesado una-singular devoción a San Rafael, el ángel del gozo, generalmente han atesorado en su cora-zón un don más que ordinario de acción de gracia; y prescindiendo ahora de los ejemplos de los Santos que más llegaron a señalarse en

la devoción de la, acción de gracias, como San Juan de la Cruz, la Beata Benvenuta, Santa Jacinta Mariscotti y otros, lo vemos hasta en el mismo libro de Tobías –;Padre!, causóme gozó–; he aquí el carácter que el joven Tobías atribuye a San Rafael.

Estando ya este espíritu bienaventurado a punto de darse a conocer, les dijo: «Bendecid a Dios del Cielo y glorificadle delante de todos los vivientes por haberlos mostrado su misericordia; porque bueno es ocultar el secreto de un rey, pero es honroso el descubrir y confesar las obras de Dios... Cuando me hallaba con vosotros, estaba por voluntad de Dios; bendecidle; pues, y cantadle alabanzas... Tiempo es ya de que vuelva a Aquel que me envió; mas vosotros bendecid a Dios y publicad todas sus maravillas.»

Probablemente, al separarse de ellos les permitió ver una vislumbre o destello de la hermosura angelical que le engalana, pues inmediatamente entraron en un éxtasis de tres horas, y lo que dejó tras sí fué el espíritu de acción de gracias.

«Postrándose entonces por tres horas sobre su rostro, bendijeron a Dios, y levantándose; contaron todas las maravillas del Altísimo,

y abriendo luego su boca el viejo Tobías, dijo: «Glorificad al Señor, hijos de Israel: ved lo que ha hecho por nosotros, y alabadle con temor y temblor, y ensalzad al Rey de los siglos. Bendecid al Señor todos sus escogidos, celebrad días de alegría y glorificadle. Jerusalén, ciudad de Dios, glorifica al Señor en tus bienes.»

Y ¡cuán dulces y regalados no fueron los últimos días del santo anciano, desde que el Angel le adornó con el rico ropaje del gozo y las vistosas galas de la acción de gracias! «Pasó en gozo el resto de su vida, y con grande aprovechamiento en el santo temor de Dios, descansó y partió de este mundo en paz.»

¡Qué más!, si aún llegó el gozo a sobrevivirle, supliendo en su muerte el oficio del llanto, pues dícese *que habiendo cumplido noventa y nueve años en el temor del Señor, le sepultaron con gozo*, puntualmente, como sucede con demasiada frecuencia en las casas religiosas, luego que Dios llama para Sí a alguno de la comunidad, gozo que no raras veces es motivo de escándalo para aquellos que no comprenden el rendido y celestial espíritu del claustro.

En segundo lugar, ofrécenos igualmente la práctica devota de la acción de gracias medios

eficaces para fomentar los intereses de Jesús. ¿Qué había sobre la tierra que él Salvador anhelase con más vehemencia que la gloria de su Padre?

Aunque de Él se dice que penetraba en el interior de los hombres, y que no quería fiarse de ellos, con todo eso, tuvo la dignación de aparecer sorprendido viendo que sólo uno de los diez leprosos volvía a dar gracias a Dios por el beneficio recibido.

¡Y cuán lleno de misterio no está asimismo aquel exabrupto suyo de acción de gracias cuando agradeció a su Padre y le confesó por qué había escondido sus misterios a los sabios y prudentes y reveládoselos a los párvulos!

Ahora bien: existe un método especialísimo para promover los intereses de Jesús de una manera fácil y gustosa, que yo me atrevería a aconsejaros, el cual consiste en asumir un pequeño apostolado para extender la práctica de la acción de gracias; porque, ciertamente, apenas habrá uno solo de entre nosotros que no ejerza alguna influencia sobre sus prójimos, ora sean hijos, criados o bien conocidos y amigos.

Enseñémosles, pues; a practicar frecuentes, metódicas y fervorosas acciones de gracias por los beneficios recibidos; dejemos dis-

cretamente caer de nuestros labios, siempre que se nos ofrezca la ocasión, alguna palabra en favor de semejante ejercicio.

Si cada uno de los cuarenta mil miembros de la Confraternidad de la Preciosa Sangre tuviese la dicha incomparable de persuadir a cinco personas, en honra de las cinco llagas de nuestro Señor Jesucristo, el ejercicio diario de la acción de gracias; si estos cinco, a su vez, lograsen asimismo extender semejante devoción piadosa entre otros tantos hermanos tuyos, como se extienden las ondas sobre la superficie de un lago, y estos últimos a otros, y así sucesivamente. ¿cuánto no se regocijaría entonces Jesús en este riquísimo tesoro de gloria divina, que, cual oloroso perfume, ofrecían a los pies del trono del Altísimo, aunque no fuesen más que las primeras doscientas mil personas, practicando cada día un solo acto de agradecimiento, un simple *Deo gratias* nada más, pronunciado, si no con los labios, con la lengua del corazón?

Ponderad la gracia, y el mérito, y la gloria, y la adoración, y la honra, y el júbilo, y la alabanza que envuelve un solo *Deo gratias* dicho con devota intención; y esto no obstante, la Confraternidad, con tan brevíssima jaculatoria, podría pre-

sentar anualmente a la Majestad ultrajada del Rey de la gloria setenta y tres millones de actos sobrenaturales de acción de gracias.

¿Por qué, pues, no ensayamos siquiera este medio, que procuraría a Dios un riquísimo tesoro de gloria? ¡Oh; qué homenaje de amor a Jesús no sería este fácil apostolado de acción de gracias!

¡A la obra; pues, hermanos míos! ¡Comencemos luego a trabajar en tan santa empresa!, ¡hoy!, ¡ahora mismo!, ¡que el tiempo vuela, y harto hemos hecho estar esperando a la gloria de Dios nuestro Señor!

En las escuelas, en los Seminarios y en el seno de las familias, especialmente en aquellas donde hay muchos jovencitos; de cuyas bocas puras ha Dios ordenado su alabanza, podrían también establecerse pequeñas asociaciones para que cada uno de sus miembros dijese en particular, todos los días, alguna breve jaculatoria de acción de gracias; y donde se creyese oportuno, no sería inútil mandar que hiciesen en común algún pequeño acto de agracicimiento, para de esta suerte animar y esforzar a los tiernos niños y demás jovencitos a poner mayor atención en las oraciones que suelen decirse antes y después de la comida.

Semejantes asociaciones podrían tener por objeto el dar gracias a Dios por todas las misericordias que ha otorgado a sus criaturas, señaladamente por el beneficio inestimable de la Encarnación y por aquella singular larguezza que movió sus entrañas de bondad a regalarnos a María para que fuese nuestra Madre igualmente que suya.

Supongamos, pues, por un momento, que los niños de una escuela cristiana se reuniesen mañana y tarde para practicar un breve acto de gracias por el don singularísimo de la santa fe católica, apostólica, romana; los jovencitos entonces, a la vez que obrando así, bendecirían a Dios por la fe nacional de su país y repararían las apostasías, adquirirían también para sí un hábito que les serviría de eficaz preservativo contra las tentaciones que experimentarán en lo por venir.

Dichas asociaciones, si se juzgase conveniente, podrían asimismo tener por objeto la devoción a los santos Ángeles, cuya incesante ocupación en el Cielo es una canción no interrumpida de melodiosas alabanzas y acciones de gracias; y de esta suerte la virtud de la santa pureza, don especial de la devoción a los espíritus bienaventurados, crecería y echaría hon-

das raíces en las almas inocentes de los jóvenes asociados.

Si profesamos una grande estimación a la gloria de Dios; en una palabra, si amamos entrañablemente a nuestro Padre Celestial, no nos parecerán livianas todas estas cosas ni insignificantes sus resultados; y trataremos de recobrar en lo posible con tan ingenioso artificio de acción de gracias aquel tiempo precioso que hemos malamente perdido.

¡Oh, qué rico tesoro de gloria no podría un hombre soló ganar para nuestro Señor dulcísimo, consagrándose de todas veras a tan santa ocupación!

Cuando San Jerónimo vivía en el Oriente, oyó con frecuencia entonar a los monjes la doxología *Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo*, y se quedó tan prendado de semejante doxología, que se resolvió a pedir al Papa San Dámaso que se dignase establecerla en la Iglesia Occidental, donde, humanamente hablando, a no ser por los ruegos del santo Doctor, difícilmente hubiera llegado a usarse jamás.

Ahora bien: ¿quién es capaz de contar los millones y millones de veces que los fieles de Occidente han rezado o cantado, con amorosa y devota intención, semejante doxología?

Cada vez que Santa María Magdalena de Pazzi recitaba o entonaba tan regalada canción, acompañábalas con la ofrenda mental de sí misma en olor de la Beatísima Trinidad, doblando al propio tiempo el cuello al golpe del hacha, cual si estuviese ya a punto de ser matirizada en defensa de la fe católica.

Dícese de San Alfonso de Ligorio que, en su vejez, apenas llegaba a sus oídos alguna noticia o buena nueva favorable a la gloria de Dios o prosperidad de la Iglesia, exclamaba, inundado de alegría: *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto.*

Se cuentan igualmente maravillas de la devoción del Beato Pablo de la Cruz hacia esta doxología, devoción que el siervo de Dios estaba sin cesar inculcando a todos sus religiosos; y las Vidas de los Santos, ¿cuántos ejemplos no podrían asimismo ofrecernos de muchas otras devociones de amor heroico, estrechamente ligadas con semejante canción gloriosa?

Pues bien: si San Jerónimo no hubiese rogado un día al Papa San Dámaso que la introdujese en la Iglesia Occidental, claro está que se hubieran entonces perdido para Dios todos estos riquísimos tesoros de gloria; cuando los

hombres ejecutan alguna buena obra, por liriana que sea, a la mayor gloria de Dios, jamás llegan a conocer hasta dónde alcanzará su eficacia ni qué número de maravillas podrá obrar, en honra y alabanza del Altísimo, en el transcurso de los siglos.

El secreto del amor, por tanto, consiste en estar constantemente ejecutando obras a la mayor gloria de Dios, sin cuidarnos para nada de su grandeza o pequeñez: «Echa tu pan —dice el Sabio— sobre las aguas que corren, pues al cabo de mucho tiempo lo hallarás. Por la mañana siembra tu simiente, y no permitas que por la tarde cese tu mano, porque no sabes si nacerá antes esto o aquello; y si ambos a la vez, ignoras cuál será lo mejor» (11).

Ultimamente, el ejercicio devoto de la acción de gracias es-un poderoso auxiliar para la salvación .de las almas.

En efecto : nosotros mismos, practicando semejante devoción, gozaríamos de un valimento tan señalado para con Dios nuestro Señor, que nos habilitaría para impetrar gracias que sobrepujasen a nuestros deseos y al alcance de la pobreza de nuestras actuales ora-

(11) Eclesiastés, XI, v. 1.^o y 6.^o

ciones; veríamos abrirse delante de nuestros ojos los riquísimos tesoros de las misericordias divinas; correrían por doquiera ríos caudalosos de gracias; se ablandarían los corazones más empedernidos; lloverían raudales de bendiciones sobre toda la Iglesia; desagraviaríamos a Dios por las ofensas con que los pecadores le están ultrajando con su ingratitud y negligencia; aplacaríamos la cólera del justo Juez y detendríamos el brazo del Rey airado, levantado ya para descargar contra ellos rayos de castigos espirituales y temporales.

¡Con cuánta muchedumbre, pues, de medios indirectos no nos permite Dios, en su infinita misericordia, cooperar a la salvación de las almas, solicitándonos incesantemente, con entrañas de caridad: a ser más ingeniosos que hasta aquí en buscarlos, y muy solícitos, una vez adquiridos, en ponerlos luego al punto en ejecución!

¡Oh pobrecitas almas desgraciadas, que con tanta frecuencia os hemos escandalizado con nuestras maldades! ¡Pluguiera al Cielo que nuestros ruegos actuales y acciones de gracias llegasen siquiera a igualar el número de escándalos que os hemos dado con descaro inconcebible, porque nos parece imposible que

sea enteramente nuestra la preciosa Sangre de Jesucristo hasta tanto que no os hagamos a vosotras igualmente participantes de ese riquísimo tesoro!

¡No olvidemos, pues, nunca, hermanos míos, que acaso existan sobre la tierra algunas almas cuya salvación perdurable habrá Dios vinculado a nuestro celo y oraciones! ¡No perdamos jamás de vista que quizá haya en el mundo un alma querida a quien el Altísimo amó desde toda la eternidad, decretando sacarla de la nada con preferencia a millones de almas que pudo haber criado en lugar suyo! ¡Un alma querida cuyo nombre tuvo Jesús grabado en su mente soberana aun estando pendiente en la Cruz! ¡Un alma querida por cuya compañía esté suspirando María en la gloria del Cielo! ¡Un alma querida cuya felicidad sempiterna, esto es, el ver a Dios cara a cara, y ser por toda una eternidad feliz y dichosa, y hallarse adornada con una belleza incomparable, y coronada con bellísimos dones y esclarecidas gracias sobrenaturales, y hermosamente engalanada con los preciosos atavíos de la Jerusalén celestial, y anegada en un mar inmenso y perdurable de dulzuras, y de gozo, y de deleites, que sobrepujan a todo humano encarecimiento!

¡Acaso se halle todo esto, repito, por un especial arrojo, permítasenos la expresión, y un adorable atrevimiento del amor divino, pendiente y como colgado, sin que lo conozcamos, de cualquiera de nuestras oraciones! ¡Oh, qué posibilidad ésta tan espantosa a la vez que arrebatadora!

¡Señor!, ¿cuándo os vimos hambriento, y no os alimentamos; sediento, y no os dimos de beber? ¡Ojalá que no cese nunca de resonar en nuestro oído el eco espantoso de aquella su contestación: Cuando no lo hicisteis con el más pequeñuelo de estos mis hermanos, ni a mí lo hicisteis!